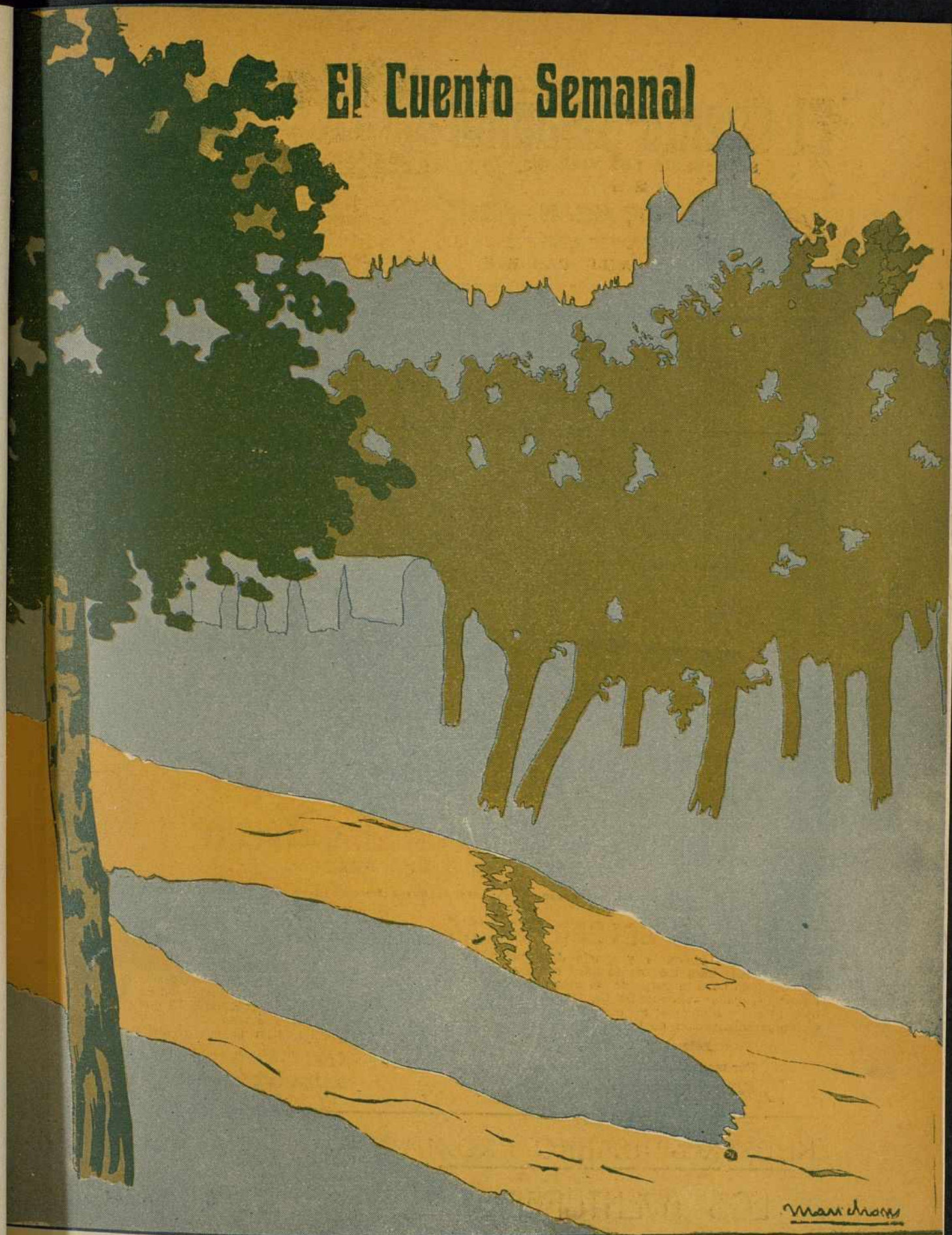


El Cuento Semanal



El Cabo de las Tormentas Ayuntamiento de Madrid
por JOSE ALSINA □□□□□□□□

El Cuento Semanal

SE PUBLICA LOS VIERNES

2 2 2

OFICINAS: Fuencarral, núm. 90.--MADRID

Apartado de Correos 409.

Director literario: EMILIO CARRERE

AÑO V.-15 de Septiembre de 1911.-NUM. 246

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Madrid y provincias: Trimestre, 3,50 pesetas.
Semestre, 6,50 pesetas. Año, 12. Extranjero: Semestre
10 pesetas. Año, 18.

Anuncios á precios convencionales.

Número suelto: 80 céntimos.

PEDID SIEMPRE ESTA MARCA

Se emplea con éxito
seguro en el reuma-
tismo articular agudo
y crónico y en la gota.

Es el mejor polvo
dientífico y el más
económico



Sustituye en bondad
y es más económico
que todas las aguas
minerales usadas
para las enfermeda-
des del estómago

Cajas de pastillas
comprimidas de bi-
carbonato de sosa á
0,50 la caja

Latas que resultan más económicas, á 5 pesetas
CAJAS A 0,50 Y UNA PESETA

PASTILLAS CRESPO de Mentol y Cocaína

Su preparación esmerada y exacta dosificación las acredita desde hace más de 15 años como el mejor medicamento para la garganta, el más agradable de tomar y el mayor calmante DE LA TOS. No contienen opio ni sus compuestos; no ensucian el estómago y evitan la inflamación de las mucosas.

Pesetas, 1,50 la caja

Por mayor: PEREZ MARTIN Y C.
MADRID, Calle de Alcalá, 9, MADRID

Antinervioso HOWARD

Tónico incomparable, de eficacia indiscutible (probada durante muchos años) para corregir las alteraciones del sistema nervioso. Su preparación en píldoras facilita el uso y no hay NEURASTENIA que se resista á su poder. Recházese toda caja que no sea de lata y carezca del nombre de sus propietarios.

Pérez Martín Velasco y Comp.ª

LEASE BIEN EL PROSPECTO

NUESTRO NÚMERO PRÓXIMO PUBLICARÁ

LOS AVENTUREROS DEL GRAN MUNDO

por PRUDENCIO IGLESIAS

Ayuntamiento de Madrid

EL CABO DE LAS TORMENTAS

(SILUETAS DE LA VIDA GRIS)

I

La hora azul

—¿Y usted cuándo se casa, Don Paquito?— habíale preguntado socarronamente, dejándose caer, el perverso Don Olegario.

El ni siquiera se dignó responder á la pregunta impertinente, y su silencio insólito derivó entonces la conversación por otros cauces verborreicos. Eran éstos, al presente, cauces revueltos y cenagosos de maledicencia, pues á poco el mismo Don Olegario, que, por la cuenta, sentía aquella noche prurito de molestarle, hubo de exclamar:

—¡Es que no sé cuáles son más brutos en este pueblo, si los mozos ó los que presumen de señoritos!

Indudablemente la alusión virulenta del cura iba por él, que osaba presumir de «intelectual», comparando los azoramientos del señor alcalde y los del propio Don Olegario con aquella meritísima soltura suya, jamás abandonada, incluso cuando había que «echar una mano» al inútil secretario para dirigirse de oficio al gobernador civil de la provincia. Además, las miradas que todos le dirigieron, desde el farmacéutico hasta la propia autoridad municipal, tan esclava de sus resoluciones, le afirmaron en la suspicacia, acabando de desconcertarle. La reunión tocaba á su término, por fortuna. El reloj de la plaza había contado hacía rato las dos de la madrugada, y en el casino solamente restaba aquella tertulia, que, por más aristocrática, creíase tal vez en la obligación de ser también la más trasnochadora. Diríase que la exclamación agresiva, nota culminante de las largas horas tediosas transcurridas, había sido tan rotundamente sintética, que á la reunión le repugnaba empalidecerla con otras menos valiosas, aceptándola desde luego como alegre señal de desbandada.

Don Paquito se quedó solo en la calle, hechas las despedidas de ritual, frigidísimas por su par-

te esta vez, y la memoria, asociando las dos frases molestas, la de la boda y la del señorío, le torturaba en la grave solemnidad del nocturno, bajo los guiños irónicos de la ancha luna plateada.

No estaba lejos su vivienda; pero cuando comenzaba á consolarle la proximidad conciliadora del sueño, que se encargaría de volverle la tranquilidad perdida, un nuevo incidente vino á colmar su perturbación. Había sonado, vibrando como un aleteo amoroso del silencio, chasquido rápido de besos, y al inquirir el contristado, pudo ver cómo un hombre se apoyaba en una reja para cuchichear con cierta figura blanca, pegada también á los hierros. No tenía en verdad aquello nada de extraordinario; pero la escena, tan vista en ese y en otros sitios, iba á trastornarle ahora como si supiera de ella por primera vez en su árido vivir aldeano. Y mientras seguía andando, le obsesionaban las flores de aquel ventanal de encanto, que al bendecir los temblores virginales de la novia también perfumaban inolvidables minutos del galán.

En su casa y en su alcoba, todos los sucesos, los pequeños acontecimientos del día, fueron surgiendo para entremezclarse en zarabanda atosigante. Junto al modesto lecho de soltero, sepulcro de su juventud estéril, vió sobre una silla el traje nuevo, cuidadosamente doblado y dispuesto para la festividad del día siguiente... ¡La fiesta!... Ella iba á romper, al menos por unas horas, la monotonía sin ejemplo de aquel rincón de la Mancha, donde los anhelos de mejoramiento se estrellaban siempre en la impasibilidad de un cielo ferozmente claro, que allá, muy lejos, descendía á besar las extensas llanuras agostadas... ¡La festividad! Realmente, no podía interesarle. Su aislamiento sería blanco de burlas y desdenes, y el júbilo de los demás, al no ser participado, sonaría en su corazón como una injuria. Acostado, la calma y la obscuridad ahuyentaban al sueño en vez de atraerle, y la tortura continuaba con exaltación creciente. Pero, por un cu-

rioso fenómeno paradójico que se da en la quietud, su ánimo iba asiéndose á la tabla del optimismo, yendo imperiosamente á la actividad precisamente cuando la conveniencia del momento requería lo contrario.

En su excitación descontaba los días que le separaban del viaje ansiado, y veíase en Madrid, triunfador ante el tribunal de oposiciones, asegurada la posición y el porvenir y en camino de casar con muchacha, si no principal, por lo menos distinguida y propicia al intercambio de un afecto exaltado que él habría de brindar generosa y noblemente. ¡Oh, qué lejos iba á quedarse de su nueva existencia aquella escuela humilde y aquel pequeño caciquismo, más molesto que provechoso, que le brindaba una amistad política conquistada para él por sus hábiles progenitores! ¡Pobre colocación social aquella que en la época decisiva de su hosca orfandad creyera cumbre de las aspiraciones posibles! ¿Le ocurriría lo mismo ahora, conseguida por el personal esfuerzo una escuela bien retribuida, portadora de independencias? Seguramente no, pues de ningún modo podía ser lo mismo vegetar neciamente en un villorrio que residir en una población grande ó en una capital de provincia, tal vez de primer orden, quién sabe si en Madrid mismo, tranquilo por el pan cotidiano, los traslados y las sinecuras probables.

Sentía impulsos de tirarse de la cama, correr á la estantería y bucear nuevamente en el antipático piélago de los temas que constituían el programa, y que le habían sorbido el seso con resultados bien lamentables por cierto para su cultura de opositor durante los tres largos meses de preparación. Vencióle la pereza, por fortuna, y en lugar de acogerse al estudio y de hostigar á la memoria con la retención de nombres y de noticias pensó agradablemente en la alta protección que había de salvarle. ¿La crisis ministerial última, no era precisamente la que le había inclinado al gallardo certamen por el sencillo hecho de haber llevado á la poltrona de Gracia y Justicia, á su ilustre amigo, cacique máximo del distrito, con el que siempre había estado en relaciones directas y á quien en el transcurso de varios años había prestado, silenciosamente y del uno para el otro, señalados servicios? Eso le bastaba, y el júbilo, haciendo saltar gozosos á sus nervios, establecía ilimitada persistencia en el insomnio.

Y saboreó todo el dulzor de la gloria cuando, entre la estupefacción de Don Olegario y hasta de su «protegido» el alcalde, aquel ingrato que tan servilmente se asociaba á las bromas molestas, y entre la admiración de los convecinos todos, que le creerían en un imbécil viaje de recreo, despilfarrador de leves ahorros, apareciese hecho un hombre de porvenir, abrumándose, al despedirse, con el anuncio de su boda y con la exhibición del retrato de la prometida. Porque pensaba «realizar» por completo su existencia.

El desvarío del soñador fué cortado por unas campanadas lentas. ¡Las cuatro de la mañana! ¡Y las fiestas comenzaban al amanecer! Intentó dormir y ser razonable. Imposible. Bailaban en su imaginación cargos pingües y mozas hermosas que iban á satisfacer las sedes de su sentimiento y de su carne pidiéndole una sola sonrisa bajo la complacencia paternal del ministro y el gesto contrariado de los personajillos del pueblo. El triunfo, el amor y la venganza, formando el trinomio del placer, agitaban su fantasía con una danza nimbada de colores de rosa...

Decidió reposar buscando previamente la acción sedante del tabaco. Pero al encender la vela con tan honesto propósito, tropezaron sus manos con una carta colocada sobre la mesilla de noche y que pasó inadvertida en la obsesión. Cogiola y sonrió despectivamente.

Era del tío Lucas, mejor dicho, del padre de Carlota, de aquella muchachita delgada y pálida, que en sus impacencias matrimoniales intentaba colocarle con la propiedad, bastante respetable ciertamente, de sus viñas y de sus bodegas, todo el horror de sus inextinguibles suspiros. Y no pudo menos de sonreír, en la magna hora de optimismo, al saber que, aun antes de lanzarse á la conquista del mundo, no carecía de valores codiciables. Rompió el sobre:

«Querido Don Paco: Le espero en casa antes de las nueve, para ir juntos á misa mayor con la familia. Después almorzará con nosotros. Me atrevo á invitarle porque sé que usted no querrá unirse al grupo oficial.

Su afectísimo,

LUCAS RUIZ.»

¡Vaya! Querían secuestrarle todo el día. El candoroso tío Lucas se pasaba. Pero él, futuro maestro en serio y candidato presente de la dicha, les despreciaba á él, á su hija y á sus viñas. Cuando fuera á llamarle la paciente Doña Casilda, su patrona, le ordenaría que dijese que estaba enfermo, y dormiría en paz hasta hartarse. ¿Qué le importaban á él la fiesta, el pueblo, los chicos y todos sus habitantes?

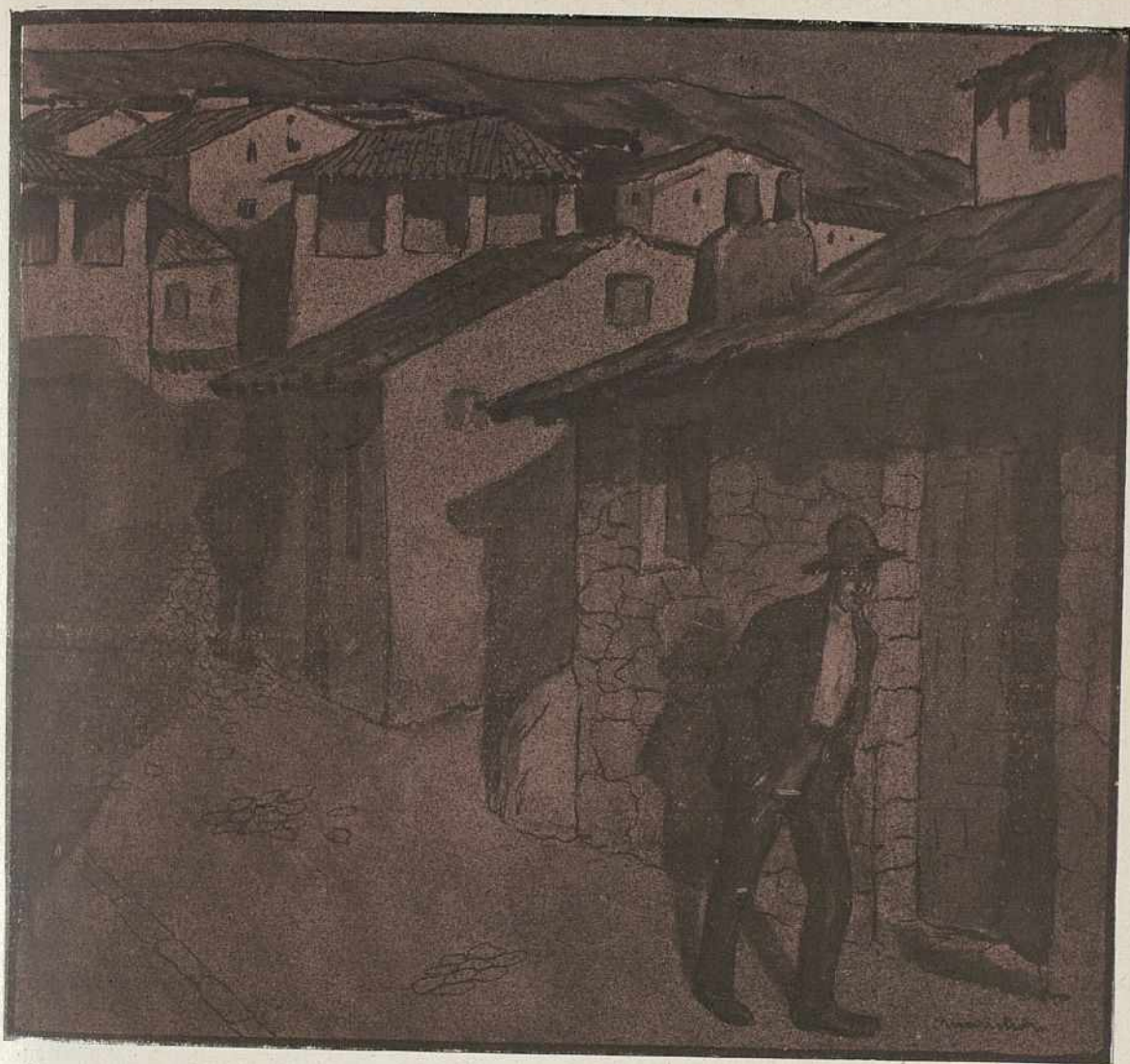
Y encendiendo el pitillo, se dispuso á esperar la inevitable llegada del sueño, contemplando la lenta elevación de las vedijas azuladas del humo. Ellas se detenían en el techo, de vigas enjalbegadas. Sus ilusiones, en cambio, iban á perderse en el azul...

II

Camino de la dicha

—¡Aranjuez!... Diez minutos.

Le dió un brinco el corazón. Pocos kilómetros más y ¡Madrid!, la ciudad de leyenda, fastuosa y magnánima. Descendió del vagón, no sólo para que reaccionasen sus miembros entumecidos, sino para matar las locas impacencias con unos paseos por el andén.



Unas cuantas señoritas pulcramente ataviadas, que acaso buscaran en el tránsito de los trenes un motivo rompedor de la diaria insulsez pueblerina, examinaban curiosas á los viajeros, agradeciendo algún que otro chicoleo lanzado por la gente alegre y bullanguera al ir ó volver de la cantina. Y él, á su vez, hubo de sentirse acariciado por varios ojos que le hicieron recordar, enorgulleciéndole, lo que un espejo amigo y adulator le había dicho, al consultarle, de su bigotillo rubio y de su gesto afable. Realmente vencería allí donde hubiera mujeres de verdad, suficientemente comprensivas y sobre todo distintas de aquellas paletas zafias y hurañas con las que hasta entonces había tenido que bregar.

¡Ya se notaba, ya, la proximidad de la capital! Aquellas mocitas ostentaban aires de madrileñas, pero él había acordado reservar sus dardos para éstas, eligiendo luego la mejor de lo mejor. ¡Lástima que el lamentable empujón de un precipitado hiciera vacilar ridículamente su estabilidad delante de aquellas bellezas que despreciaba y en cuyo rostro creyó sorprender, el azoradísimo, ciertos plieguecillos burlones!

Le libertó el oportuno esquiteo imperioso de la campanilla de aviso. Había que volver al coche. Y muy erguido, probando que nada le importaban las mudas chanzonetas de aquellas pobres chicas, paletas más ó menos zafias pero paletas al fin, dió gentilmente la espalda a las insolentes.

Hubo de desagradarle el hecho de encontrar gente en un departamento, del que había sido dueño y señor en la mayoría de los trayectos, aunque la presencia de la maleta en el asiento hubiérale defendido, como un servidor fidelísimo, el puesto de la ventanilla. Y colocado su reducido equipaje en la tabla, que crujía dolorida bajo el peso, sentóse junto al cristal. El tren marchaba nuevamente. Volvió á reconocer el grupo de las muchachas, cuyas miradas, pensó, acompañaban en aquel instante al convoy. Dios sabe con cuántos anhelos ó con cuántas desesperanzas.

Hasta que no desaparecieron las últimas luces de la estación y se hizo cargo de que la ventanilla era inútil en la noche cerradísima, no pretendió conocer á sus acompañantes. Eran dos mozaibetes con traza de señoritos avillanados, ami-

gos de la zambra y del estrépito, sin duda, que habrían pasado el día en el Real Sitio y que regresarían con la cabeza un poco caliente por la acción combinada del sol de los jardines y del zumo de uva, trasegado en abundancia. Se acompañaban de dos jovencitas que, contaminadas de su agresiva alegría, estaban prontas á animarlos cuando un pasajero cansancio cerrase los labios ó abriese un paréntesis en el ingenio de los bigardos. La irrupción no podía ser más desagradable para quien necesitaba sumirse en la revisión deleitable de sus sueños, y á quien alarmaba razonablemente la imposibilidad del ostracismo. Pues aunque nadie había contestado á las «buenas noches» que pronunciara en Aranjuez, eran los otros los que le miraban ahora con curiosidad, y la intervención iba á hacerse ineludible.

—¿Usted es de Madrid?—preguntó, efectivamente uno, acompañando la interrogación con una sonrisita más que equívoca.

—No, señor—respondió, sin saber lo que se pretendía de él—, he nacido en Soria, y ahora resido en un pueblo de Ciudad Real.

—Aquí el amigo debe ser veterinario—dijo el otro, empleando una acometividad más manifiesta.

—No, señor. Maestro.

—¡Bonito oficio!—comentó el primer interpe-lante.

La discreta salida de una de las mujeres cortó el absurdo y peligroso interrogatorio:

—Dad vino al caballero, y no preguntéis lo que os tiene sin cuidado.

—Pero que muy bien dicho—aprobó el menos joven. Y con cordialidad maravillosa alargó la mustia bota al atolondrado—. Ahí va, caballero.

Dió las gracias y posó sus labios en el hediondo y baboseado brocal. Y como si hubiese adquirido con tamaña heroicidad el espaldarazo consagrado, los bravos curdófilos, depuesta la hostilidad, alternaron con el nuevo camarada, sin ofenderse cuando se aproximó á una de las colmas. ¡Era uno más, qué diantre! Y la charla se enredó.

Fueron ellos los que más hablaron. Y lo hicieron bien y largamente, con todas las confusiones y todos los atropellos de rigor. Tomaban la vida tal como se presentaba, sin importarles poco ni mucho sus acideces. Su lema era: «A mal tiempo, buena cara, y á buen tiempo, iluminación extraordinaria». Don Paquito escuchábalos á medias, interesado con la hembra provocativa de su lado y cuyo calor le invadía, trastornándole.

El uno, Luis, zascandil benemérito de la Administración pública, volatinero perpetuo de negociados y ministerios, mozo moreno, alto, completamente rasurado, era poseedor de una rebeldía innata, con la que despreciaba olímpicamente la vida oficinesca, habiendo perdido en su no muy larga vida dos destinos de plantilla, procu-

rados por la misma protección desconocida que siempre amparaba sus angustias económicas. Y como él, «á Dios gracias», no era creyente, negaba el carácter providencial del auxilio, ateniéndose á una extraña historia que le refirió la mujer á quien llamaba madre antes de su ingreso en el colegio donde le condenaran á malgastar sus años adolescentes. Y aunque dinero no podía faltarle en absoluto, pues demasiado sabía que alguien cuidaba de reponer periódicamente su bolsa, tenía en tan menguada proporción con sus necesidades, que admiraba á cuantos audaces podían piratear fructíferamente por los fértiles aldeaños del Código penal, pues únicamente el juego había logrado satisfacer en dos ó tres circunstancias sus caprichos.

—Desengáñese usted—decía—, ese Madrid es mucho para el que quiera divertirse un poco. No hay nunca luz bastante... Y luego... ¡estas mujeres!...

El otro, Tomás, era menos joven. Moreno también, contrastaba con su afeitado compañero por la prodigalidad enérgica de sus mostachos y de su barba. Este pronunciaba con orgullo su título de alumno decano de la Facultad de Derecho. Se había atascado en la Metafísica y en la Historia de la Literatura hacia la friolera de ocho años. Y no por deficiencias mentales, no, sino por santo horror á los indigestos libros de texto é higiénica aversión á los bancos de las aulas.

—Es lo que yo digo: si mis padres son ricos y yo hijo único, ¿á mí qué me importan las leyes? Con imponer la que me pete en la hacienda del pueblo, estoy al cabo de la calle. ¿Las ha respetado alguna vez mi padre? ¡No! Pues así se lo diré el año que viene, cuando me pregunte si he acabado.

Tanto compadecía Don Paquito á aquellos superhombres, que aventuró algunos consejos. Estaban desperdiciando en lo mejor de su vida las facilidades que les daba el vivir en la capital, á la que él consideraba antesala de promisión, porque las gentes recibirían, sólo con solicitarlo, el maná benéfico del Estado tutelar. No faltaría en ella trabajo para nadie, y el esfuerzo sería recompensado con el brillo y la admiración ó la opulencia. Y al exponer cándidamente sus hipótesis, al referir sus propósitos y enunciar sus respetos, el concurso reía edificantemente, llevándose en la risa algo muy sagrado del optimismo de Don Paquito.

—Pues vaya advertencia por consejo—dijo Tomás con su alto practicismo filosófico—; que cuenta usted con influencias, pues será usted algo; que no, pues échese á temblar. Más le vale bajar en la primera estación y regresar escapado á su «cortijo».

Bien pudo contestarle que él tenía muy altos apoyos. Pero calló, confirmando su confianza con las palabras del estudiante.

Las mujeres, no pudiendo resistir más los tonos trascendentales que había ido adquiriendo la



tabarra, protestaron. Concha, á la que seguía mirando Don Paquito con una atención igual ó semejante á la codicia, resumió, diciendo que solamente había una cosa en el mundo, una sola, merecedora de preocupar á hombres y mujeres: ¡el dinero!

—¿Y de qué estamos hablando, so necia?— corrigió Luis.

El tren se detenía. ¡Pinto! Casi á las puertas de Madrid. Al oír los acordes de una charanga que tocaba en la estación, no concibieron la inusitada galantería del Municipio con los viajeros. Un empleado les advirtió que lo solemnizado era la toma de posesión del nuevo párroco. Y la noticia determinó algazara general.

Conchita se puso en pie, alusó con ambas manos su cabellera crespa, ligeramente despeinada, y lució, al enarcar los brazos, la firmeza del busto. Miró al maestro expresivamente, mientras decía:

—¿Bailamos, Pura?

La aludida, muchachuela castaña y raquítica, se levantó accediendo, animada por la furia creciente de la murga, que, sin duda, no quería que perdiesen una nota las personas del furgón de cola, hundido allá en la obscuridad. Los «tenorios» se levantaron también. Sólo Don Paquito permaneció inmovible.

—Tú conmigo, Tomás—dijo Concha, enviando un mohín despreciativo para el sentado.

—Pues vamos nosotros, Luis—confirmó la otra. Los profesores de la banda, como si presintie-

sen la misión que se les asignaba, soplaron y golpearon con doble denuedo, y las patadas de los bailarines ahuyentaron á una familia aturrida que intentaba invadir el compartimiento. En tanto, el misero pedagogo, siguiendo con la vista á aquellas dos parejas, más preocupadas de estrujarse que de llevar el compás, rumió la perspectiva de que su novia ignorada, la amante madrileña ideal, fuese partidaria de tales indecencias coreográficas.

El súbito arranque del tren hizo caer bruscamente, sobre los duros asientos de madera, á los bailarines, y en verdad que Conchita y su compañero quedaron en actitud poco académica. Fué reída también—se reía todo—la jugarreta, del maquinista como si éste les hubiera preparado la broma, y mientras Tomas cerraba, previsor, la portezuela, Conchita ordenaba las indómitas faldas, que habían permitido admirar, en unos segundos fugacísimos, el magnífico arranque de la pierná.

Volvían á precipitarse, con el resto del convoy, por las llanuras tenebrosas. La bota circuló nuevamente, y si las damiselas hicieronla víctima de sus aristocráticos desvíos, Don Paco, que comenzaba á ponerse taciturno y que además tenía sed, bebió en esta ocasión con perfecta formalidad, rindiendo al mostagán los honores de un trago duradero.

Pero la fatiga y la incomodidad de los bancos quitaban humor á los juerguistas, y hasta aparecieron los bostezos.

—¿Tiene usted alojamiento? —preguntó de pronto Luis.

—No, pienso ir á una casa de la calle de la Cruz, de la que me ha hablado un amigo que suele venir por San Isidro.

—Entonces mejor es que vaya usted á la nuestra. Más barato, imposible. En las tres pesetas entra la ropa, y hay principio, porque nuestra patrona es una mujer de principios...

—Además, tolerante—añadió el otro.

—Ya lo creo. Y si no, que te lo pregunten á ti, las veces que te has gastado el envío de tu casa.

—No era por ahí—subrayó Purita.

—¡Bah!—replicó, ruborizándose, el austero provinciano—, no he de estar mucho, y cumpliré religiosamente.

—Eso, allá cuidados, mi amigo. De modo que, ¿hecho?

Vaciló un poco el interpelado. Pero, fuera de los hábitos de hoiganza, le parecían buenos chicos Tomás y Luis. Además, juzgó útil su amistad.

—Hecho. Con ustedes me voy. ¿Qué calle?

—Huertas, junto á Fúcar. Un sitio admirable. En el centro, como quien dice.

Hubo otro silencio prolongado, hasta que Pura, que avizoraba por una de las ventanillas, dió un grito, despertando á la adormilada Conchita y haciendo torcer rápidamente el cuello á los varones.

—¡Madrid! ¡Madrid!—decía—. ¡Ya se ve Madrid!

Mientras disputaban, procurando definir el resplandor lejano percibido, les sorprendió un silbido agudísimo y una gran trepidación que se acercaba. La masa imponente de otro tren cruzó por la doble vía como una visión rauda ante los ojos atónitos. Hubieran jurado percibir un vagón más iluminado que los otros, del que salía rumor de conversaciones entre jubiloso chocar de cubiertos y vajilla.

—Es el expreso de Andalucía—explicó Luis—; van cenando. Ahí sí que da gusto viajar...

Don Paquito quedó ensimismado, considerando largo rato aquel fantástico tren de lujo, donde, rodeados de comodidades, viajaban los triunfadores y los bienquistos con la dicha. Y le extrañó que abandonasen Madrid para correr desatinadamente hacia las provincias humildísimas.

Su tren mixto atravesaba ya, refrenando la marcha, los extensos talleres de la estación del Mediodía.

III

Los escollos

Aceptó el programa de sus amigos porque veía-se en la precisión de buscar á toda costa cualquier aturdimiento. Durante la cena había permanecido silencioso, dando vueltas al episodio de la mañana y analizando los detalles más insignificantes. Tomás y Luis le habían mirado rece-

losos; pero atareados con la partición del *beaf-teack* y con la enérgica defensa de Vicente Pastor, rudamente atacado por un médico y un viajante cordobeses, esforzados paladines del arte de *Machaquito*, no consiguieron un breve descanso que les permitiese preguntar.

Terminada la cena, se dió por concluida también la discusión con el íntimo regocijo de las copas, las botellas y los platos, pues aquella noche se salvaba su preciada integridad. Don Paquito no levantó hasta ese instante tranquilizador la frente meditativa. Entonces los otros pudieron comunicar con él. ¿Qué le pasaba? ¿Sentíase enfermo en la hora misma de dar principio á una jornada que, según los programas, había de ser pródiga en turbulencias?

—No estoy malo, no—replicó. Y llenando por postrera vez su vaso, le apuró de un trago con la actitud de quien desca animarse borrando una idea desagradable—. Vamos donde ustedes quieran.

—¡Bravo!—gritaron los dos inseparables, abandonando sus sillas al mismo tiempo.

—¡Alto ahí!—interrumpió sin moverse un personajillo vivaracho, de cara infantil, colocado en el extremo de la mesa, y único comensal que no había terminado—: ¿desde cuándo se va de jarana sin contar conmigo?

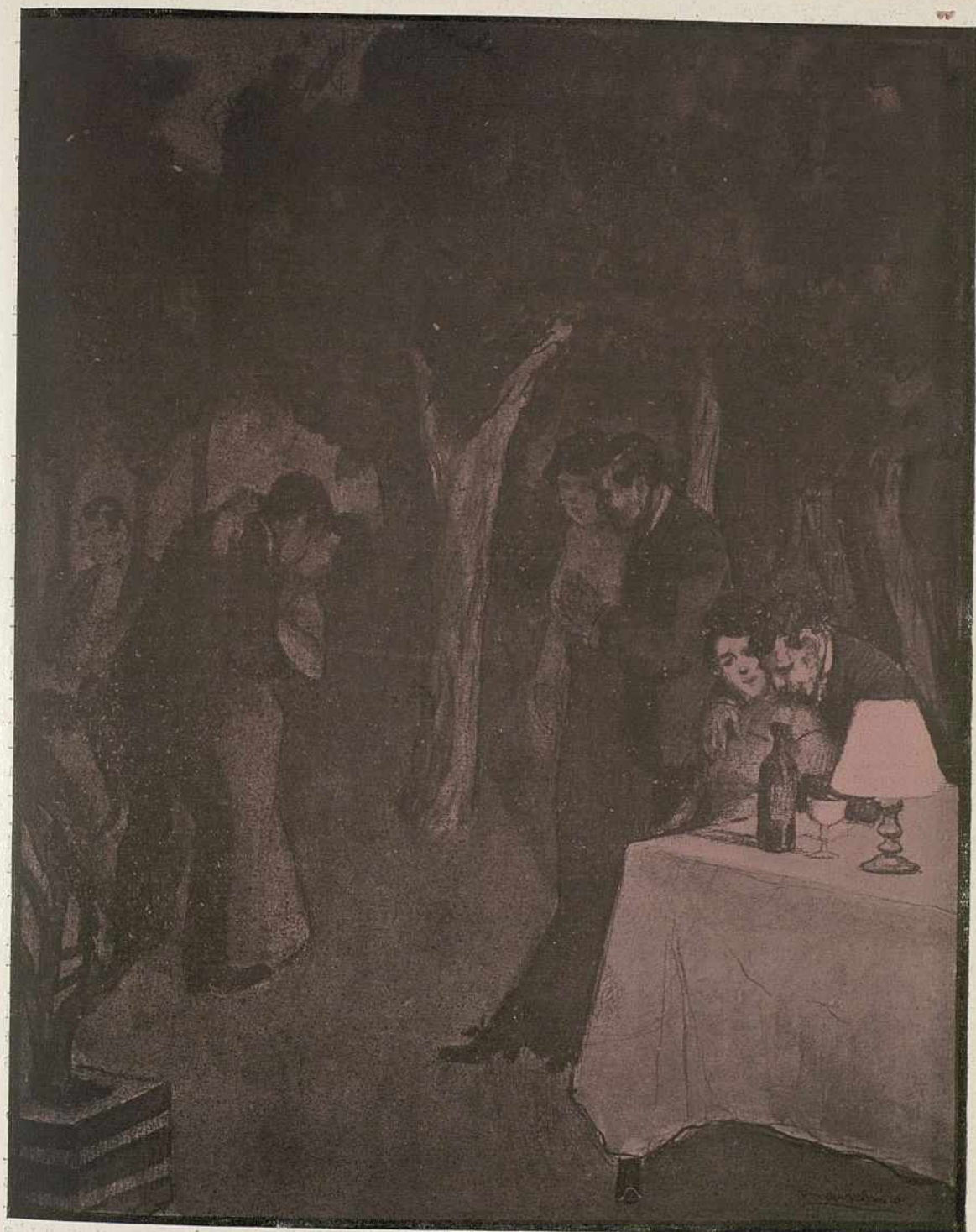
—Perdone *vuecencia*, Don Ernesto—contestó Luis—; si quiere venir, le esperamos.

—Pues ya lo creo que se quiere. Aguarden un minuto.

Don Ernesto era *reporter* de un periodiquito de cien ejemplares, y su profesión debía exigirle, por lo desatinadamente que parlaba, una agilidad mental inconcebible, con la que le era dado discutir riñonudamente lo divino y lo humano, sin perjuicio de no entender palabra de lo humano ni de lo divino. Nuestro hombre unía á sus blasones de celoso y activo noticiero, mediante el único sueldo de cierta beligerancia en los escenarios mezquinos, el glorioso timbre de haber estrenado dos piezas cómicas en cierto «cine» de barrio, con estruendoso aplauso de la critiquilla del compadrazgo menudo, que hubo de disputarle, á la mañana siguiente, con sendos sueltos en la tercera plana de los diarios, el más preclaro sainetero del porvenir.

Don Ernesto, por tanto, estaba obligado á ser entrometido y gracioso. Don Ernesto ocupaba, por derecho propio, un puesto allí donde la «jerga» se manifestase. Don Ernesto, en resumen, necesitaba documentar sus maravillas escénicas futuras. ¿Cómo no se habían acordado antes de él aquellos analfabetos?

Salieron á la calle los cuatro, y Don Paquito, gracias á la elocuencia del gacetillero, coreada por los otros, pudo continuar encerrado dentro de sí mismo. ¡Oh, el desencanto horrible de aquella mañana aciaga, que con tantos fulgores de sol penetrara en su retina y en su pecho á despertarle! Acicalado cuidadosamente en una



peluquería céntrica y orgulloso con su terno flamante, última palabra de la moda en Ciudad Real, se había dirigido, un poco emocionado y sacando fuerzas de flaqueza, al ministerio, y recordaba los tropiezos, que no presagiaron nada bueno, habidos con el portero y con los ujieres, antes de poderse sentar en la antesala del ministro. Luego las dos horas largas de espera paladeando el acíbar de ver cómo se colaban en el despacho cuantas personas llegaron después, y la humillación final de saber que, concluida la

audiencia, su tarjeta había sido definitivamente olvidada. «El ministro acaba de marcharse», hubieron de contestar, con cierto despego, al estallido de su dignidad. Y tuvo un enérgico acrecentamiento de la voluntad, que más tarde le admiraba, al bajar de cuatro en cuatro los peldaños de la escalera del edificio, dispuesto á abordar al desconsiderado antes de que subiese al coche. Llegó á tiempo. La detención del personaje con un señorón, que señorón y gordo era quien tanta afabilidad obtenía, le consintió comunicar.

Apenas se despidieron los interlocutores, se acercó: «¿Me permite vucencia?», había musitado audazmente, deteniendo temerario por un brazo al «estadista», entre la alarma del lacayo y del portero. El ministro se había vuelto rápidamente, y mirándole de pies á cabeza con sus ojillos congestionados, sopló primero, pues el abdomen y el tórax del prohombre constituían un solo y voluminoso fuelle, y después preguntó con acritud: «¿Qué desea?» «Soy Francisco Blanco, el maestro de...» Y como el ministro le recordara antes de concluir la frase, el misero se esparanzó...

¡Sí, sí! Haga usted favores á los políticos. Al saber que el asunto era personal y que no se relacionaba ni con el Municipio ni con el distrito, se le había nublado al consejero la sonrisilla benévola y aumentado las prisas al extremo de subir al coche velozmente. «Ya le recomendaré, descuide», decía, alargándole la mano como señal de despedida y suspensión de conferencia. «Es que probablemente me examinaré muy pronto», argüía el terco, sin tender la suya. Pero el otro, renunciando ya á la cortesía, añadió: «Le digo que escribiré. Adiós». El lacayo hubo de apartar al pedigüño con medianos modales, cerrando en seguida la portezuela. Y Don Paquito ni siquiera pensó en la oportunidad de descubrirse cuando el coche oficial se puso en movimiento.

No llegaba su candidez al extremo de creer que iban á favorecerle, vista la acogida. Y como consecuencia de las vueltas que dió á la entrevista en el transcurso del día, pesando y repesando las palabras, logró extraer una consecuencia que, al darle la clave del suceso, le desengañó totalmente. «Al ministro le convenía en tanto viviese en el distrito. ¿Cómo iba á apoyar la defección de un auxiliar de su política ayudándole á trasladarse á otro sitio, en el que maldita la falta que iban á hacerle sus servicios?...»

Aquí llegaba en sus meditaciones cuando los buenos mozos, sus compañeros, entraban en el café de la Paz, sin haberse fijado en el mutismo del desamparado, pues los tres, para entonarse, sin duda, habían enablado un terrible púgilato de membranzas donjuanescas, en el que cada cual colocaba por quintales su amor propio. Y como la discusión prosiguiese dentro del establecimiento y Don Paquito pareciese haber hecho voto de cartujo, el estudiantón sonrió:

—¿Usted no tiene nada que contar?

—Nada—respondió el interpelado, á quien llevaban, á pesar suyo, á la liza.

—Es que algunos las matan callando—opinó burlonamente el ilustre gacetillero—, y Dios nos libre de las aguas mansas.

¡Le pedían su historial! ¡Como no contase el episodio de Carlota y las rápidas escapadas que hiciera á su padre en Soria ó en una breve temporada de Madrid! Y sentía una gran veneración y una profunda envidia por aquellos hom-

bres notables que, puestos á relatar incidencias galantes, tenían tela cortada para rato, enredando las conquistas como las cerezas.

—¿Sabéis lo que he pensado?—explayó el temporero—. Que aquí no hay más que *pellejos*, y que esta noche suprimiría de buena gana la *Bombi*. ¿Por qué no llevamos á Paco á ver á Concha? Me parece que le gustó.

El, encendido de júbilo, sintióse inclinado á la gratitud más cordial. ¡Había notado Luis, en el espacio de un viaje fugacísimo, sus simpatías, y no vacilaba en cederle la amante con generosidad desconcertadora! No todos los hombres iban a ser tan groseros y egoístas como cualquier ministrillo de tres al cuarto.

—¿Entonces, vamos á casa de esas?...

—Sí—insistió Luis.

—Bueno, pues vamos—acordó el auditorio.

Se levantaron inmediatamente, dejando desoladas á dos modestas hetairas pésimamente pintarrajeadas que, desde una mesa próxima, se habían forjado ridículas ilusiones respecto de los temibles calaveras.

Salieron. El tranvía les dejaba á poco en el lugar de su destino. Bajaron en la calle de San Bernardo, internándose por una de sus mal alumbradas afluentes. A Don Paquito, envalentonado con el recuerdo de aquella espléndida Conchita que ponían á su alcance, no le inquietaba la probabilidad de que le llevasen al octavo círculo infernal. Pero no debía ser un infierno, precisamente, el sitio que franqueaba el sereno. Ni oía á azufre ni se percibían resplandores sangrientos. Era, sencillamente, una casa «á la malicia», que ocultaba coquetamente su vetustez bajo el revoco cuidadoso y reciente. Podía ser incluso un apacible retiro del amor aquella pequeña finca de un solo piso, limpia y jovial.

Subieron los «gozadores» una escalerita con pasadera de alfombra, sin que tuvieran necesidad de llamar en el primero y único descansillo, ya que estaba abierta de par en par la puerta del cuarto. Una mujer alta, delgada y cuarentona se hallaba en el umbral, esperando, curiosa, á los visitantes.

—¡Calle!—exclamó al verles—. Si son Luis, Tomás y Ernestito.

Y dicho eso, entróse precipitadamente á anunciarles. Ya dentro de la primera habitación, los recién llegados saludaron á una dama excesivamente gruesa, que llegaba jadeante, y cuya alta jerarquía era pregonada por los innúmeros destellos de los brillantes que exornaban todos sus dedos y los lóbulos de sus orejas. Y después de cumplir con la cortesía, los iniciados hicieron jocosamente la presentación del catecúmeno. La «gran señora» le contempló unos segundos, mientras le alargaba displicentemente la diestra, no debiendo quedar mal impresionada del porvenir que adivinaba en el atortolado, porque el apretón de manos resultó fuerte y expresivo.

—Las tres niñas disponibles están tomando el

fresco en el jardín—dijo á los otros. Y aparte á Luis:—Concha también está.

—Me revienta. Se la he encajado á este *cateto*.

—¿Pero están solas?—preguntó Ernesto en voz alta.

—Como si lo estuvieran—acorrió la mujer delgada—, porque no hay más hombre abajo, vamos al decir, que el *Niño de Almería*.

—Perfectamente—ordenó Luis—. Por esta noche se llenó la posada. Al que venga, que perdone por Dios. Yo traigo en la cartera los bastantes mandamientos del Banco de España para cerrar á piedra y lodo la puerta de la calle. Y, por lo pronto, bajad unas botellas de Agustín Blázquez, que aquí, los amigos, vienen con sed. Además, hace falta otra mujer, porque tú no estás para bromas.

—No hay libre más que Carmen, y está acostada. Tenía dolor de cabeza.

—Pues buena es Carmen. Que se levante.

Descendieron al jardín ante la estupefacción de Don Paquito, maravillado de los progresos que habían alcanzado en la corte, desde su ausencia, los alojamientos amorosos. Era admirable, en efecto, la presencia de aquel oasis dentro del corazón de Madrid, rompiendo su jocunda frescura la sequedad hierática de las edificaciones circundantes.

Las «niñas» se hallaban en un cenador emparado que se alumbraba por una vulgar combinación de bombillas eléctricas. El *Niño*, con la colilla graciosamente colocada en el labio inferior, tenía los ojos en blanco y arañaba, implacable, las cuerdas de un guitarrillo.

Para recibir jovialmente á los visitantes, abandonaron las «ninfas» sus cómodas sillas de enea, y hasta el «artista» descendió á la realidad para corresponder al saludo de los señoritos.

No tardó en bajar, desgreñada, soñolienta, con mal humor, la hembra que se necesitaba.

Como ya eran cuatro las mujeres, sin contar á la alta dama y su sirvienta, únicamente el *Niño* parecía quedar sin pareja, aunque cualquiera adivinaba que el genial «rasgueador» ponía su mira en las alturas. Don Paquito se percató en seguida de que Concha era la más bella y la mejor proporcionada, y su agradecimiento á Luis hubo de humedecer sus pobres ojos asombrados. Pura, una mujercita harto raquítica, tenía el solo mérito de la picante gracia sugestiva de su rostro, al revés de Rosario, hija del propio Lavapiés, que, alta y bien formada, mostraba en la cara una dureza ahuyentadora, como si el vicio hubiese agotado en ella toda sensibilidad y todo asomo de dulzura femenina. Carmen, en fin, debió haber sido en tiempos una «buena mujer», como dicen los habituados á clasificar á las hembras en el mercado de la carne, desde el mismo punto de vista que un conocedor de caballos elegiría para encomiar la buena lámina de un potro; pero Carmen, que no pasaría de los treinta años, empezaba á engordar, al extremo de que

los hombres de buen paladar encontrábanla, según frase propia, «algo *purib*», y lo más triste para ella era que, en vez de poseer, con la experiencia, el título de doctora sutil en el arte de agradar, diríase más bien que su carácter se avinagraba con los años, exteriorizando el limo vengador que fué creando en ella la bestial rijosidad de la mayoría de los hombres, sus verdugos.

Hicieron la elección, ó, mejor, la determinaron ellas. Carmen se colocó al lado de Ernesto; Pura se encaramó en las rodillas de Tomás, al igual que Concha en las de Don Paquito, y Don Luis tuvo la suerte de que le dejaran á Rosario, la arrogante y rígida madrileña. El «toeaor», sentado al lado de la gran dama, volvió á acariciar la vihuela, suprema delicia entre las delicias.

Descorchadas las botellas, el líquido áureo irisó la cristalería de las copas, como irisaría en breve, con vagas imágenes, la fantasía de los contentulios. A la segunda «ronda» la alegría se individualizó bastante, y la conversación general fué siendo substituída por un besuqueo continuo y por risas y quejidos agudísimos cuando las manos de los galanes intentaban exploraciones, si no audaces, al menos prematuras. Decretábanse armisticios tácitos para beber, hasta que, servida la segunda serie de botellas, se adueñó del concurso la más franca de las indisciplinas, haciéndose las consumaciones sin guardar turno ó bebiendo sin escrúpulos en la copa del compadre y, lo que era peor, arrojando el líquido al suelo ó vertiéndole por la cara de las chicas, que gesticulaban cosquilleadas, protestando á bofetones y á abrazos.

El «artista» rasgueaba sin descanso, remojándose de vez en cuando la garganta para modular vagamente y para su propio placer ¡oh el arte por el arte! alguna copla. La señora jerárquica, serena entre los epilépticos, devolvía, risueña, alguna broma ó llamaba al orden á la mujercita en punto de insubordinarse. La sirvienta, impasible también ante la algazara y símbolo estupendo de la ecuanimidad, quién sabe si dormía ó meditaba.

Don Paquito, contagiado por el ambiente y requerido directamente por Concha, que no interrumpía las caricias, y por el alcohol, que conmovía ya sus células cerebrales, sentíase como transportado en los redondos brazos de aquella mujer que deseara desde que la vió, y su mística pseudo- virginidad incendiaba su sangre, haciéndola correr como un torrente de fuego devastador por las arterias.

¿Quién fué? ¿Luis, Tomás, Ernesto, alguna de las «señoras»? Imposible averiguarlo; pero el concurso había tomado en consideración la propuesta y se deliberaba acerca de ella. Había unanimidad en los varones y discrepancia en las hembras. Las más jóvenes y mejor formadas, Conchita y Rosario, opinaban en pro. Carmen, que temía defraudar con la claudicación súbita de sus senos y con la incipiente deformación de

sus líneas, así como Pura, á quien aterraban las visibles aristas de sus huesos, casi incindidoras de la piel en algunos puntos, votaban en contra, y la ensortijada con ellas. El Niño, llegado el momento, votó en blanco. Había, pues, mayoría afirmativa. Componíase, además, de los más fuertes, y no hubo escape. Por si ellas se retrataban, los dedos de ellos principiaron á desabrochar las batas amplísimas entre carcajadas y convenciones. Cayeron al suelo las ropas, las enaguas, y pasada una tregua, las camisas. De la espuma de ropas surgieron cuatro Venus, de mérito bien distinto, que corrieron á enroscarse en los hombres, acaso por un resquicio de pudor, enmascarado por unas ansias lúbricas, bien lejanas de sus nervios congelados.

Concha no pudo hacerlo porque Don Paquito, en un súbito deslumbramiento, habíase arrodillado ante su diosa. Por vez primera contemplaba á la Mujer, rodeada de todos sus esplendores mágicos, y perturbado con la suavidad divinizada de la línea impecable, se humilló instintivamente, absorto y reverenciador, entre la sorpresa irónica de los demás borrachos, sordo para la cruda frase, brutalmente obscena, que emitieron cual un salivazo los cínicos labios de Ernestito, y como si el vesánico asistiese en su delirio á la gloriosa epifanía de la Belleza, inmaculada é inmortal.

Y mofas y sonrisas concluyeron cuando el cuidado, puesto en pie rápidamente, abrazó á la deidad imprimiéndola un fiero beso en la boca, tan quemante, que por la piel sedena de la estatua pasaron arrolladoras las erizadas ondas del escalofrío.

Cualquiera hubiese dicho que el jardín pecaminoso de la casa nefanda había sido santificado por la vibración sincera de un ósculo de amor.

IV

Terror pánico

No por esperado le dolió menos el batacazo. Su erudición literaria, recordándole la fábula de la lechera, invitábale á sospechar que el cántaro repleto de ilusiones con que salió del pueblo iba rompiéndose poco á poco, y concluiría quizá por hacerse añicos, dejando escapar todo su apreciable contenido. Pero lo más doloroso del golpe presente consistía en la imposibilidad de culpar á alguien, fuera de sí propio. El era el solo delincuente, el único asesino de su porvenir, porque el enemigo llevábale dentro, agarrado fieramente á su voluntad y á su inteligencia. Si al menos hubiera podido derivar su indignación al desamparo del ministro ó á la severidad del Tribunal, el caso de fuerza mayor le hubiera prestado ligera sombra de consuelo. Ni á la suerte siquiera podía atribuir su desventura, acatando

su fallo como mandato inapelable del Destino, superior á la mezquindad visible de las fuerzas humanas. Al contrario, la fortuna habíale auxiliado como jamás creyera, pues cual si un hada benéfica hubiese guiado su mano por el misterio lóbrego del bombo, allí donde los números de los temas hallábanse agazapados, prontos á salvar ó perder al visitante, tomó unas preguntas sencillísimas y fáciles también á toda clase de florescencias oratorias. Y si aún no tuviera motivos suficientes de desesperación, le era dado recordar, con la actitud indiferente del Tribunal, hinchado y vacuo, la inopia mental y cultural de los examinandos, concediéndole, si no superioridad, al menos una alentadora nivelación de fuerzas.

Detrás de un caballerete que había cumplido con el tiempo reglamentario, merced á una serie de pausas, de tropiezos y de repeticiones, había llegado él, y después de tomar asiento y de beber un poco de agua, conociendo los temas no recuerdo le acibararía una eternidad. Vefase en la cumbre del ridículo, ofreciendo la nota grotesca de un certamen, en el que todos procuraban darla á su modo, desde los jueces hasta los opositores.

En vano humedeciera sus secas fauces con el buche acuoso, largamente gustado, pues su voz seguía saliendo con las mismas tonalidades broncas. Despachó el primer tema en un periquete, con un estilo telegráfico ininteligible, siendo aún más breve y extraño el desarrollo que dió á los inmediatos, con gran indignación de los opositores hábiles, que gustaban de extenderse en las primeras preguntas para disimular su ignorancia de las postreras, con la excusa de los apremios del tiempo.

En un segundo fugacísimo de serenidad, al pasear la vista por el auditorio, las muecas de los rostros hubieron de advertirle que todos los oyentes se burlaban de él y que su tormento servía de diversión al publicuito, inhumanamente refocilado en presencia de la tragedia. El tribunal, á su vez, parecía mirarle hostilmente, considerando irrespetuosa su conducta, totalmente reñida con la solemnidad del acto, y una risita que llegó á sus oídos acabó de descomponerle. Al volverse, halló las caras risueñas de Tomás y de Luis, á quienes llevara allí, no como invitados á la proclamación de sus méritos y a la apoteosis de su triunfo, sino como Hermanos de la Paz y Caridad, encargados de consolar sus «últimos momentos», ¡y el reo se encontraba con aquella deserción, con aquella chacota vil de su agonía!

¿Qué le ocurrió? A duras penas hubiese podido definirlo. Acaso añoró, en el supremo instante de la lucha, la paz encantada de la aldea, apareciéndosele de pronto en sus completos valores, sin curas agresivos ni alcaldes necios, y solamente con padres que le solicitaban en matrimonio para sus hijas enamoradas. Acaso, protestando contra la aridez del ambiente, un ambien-

te de pedagogos rutinarios y recitadores, descubriera que un beso de Concha valía por todo el porvenir amplísimo del magisterio trascendental, y, por tanto, que era una insensatez permanecer un minuto más amarrado al potro de tortura. Lo evidente era que, disparada su imaginación por territorios lejanos al asunto de que hablaba, su verbo se entorpecía más y más, determinando largas detenciones, malamente corregidas por sorbos inacabables de agua que iban ahogando en el desfallecido los últimos restos de serenidad.

Y los silencios, entrecortados por el balbuceo del misero, permitieron la arribada tumultuaria de las saltarinas notas de un organillo anticientífico. El rayo de sol, sin elocuencias hasta entonces, que se quebraba en el bombo terrible, adquirió con tal motivo evidencias jubilosas, y hasta las calvas patriicias de los doctos juzgadores hubieron de inclinarse, por decoro, hacia los papelotes de la mesa, rehuendo el saludo desconcertador de la primavera victoriosa.

Don Paquito se había levantado.

—¿Va á bailar?—preguntó con efectiva sorpresa un chusco de la primera fila.

Y el heroico replicó en voz alta y clara:

—No voy á bailar, no.

La estupefacción era honda y general. Allá, en el fondo, brillaban los ojos ávidos de Toinás y de Luis. ¿Se habría vuelto loco el insubstancial? ¿Iría á hacer una muy sonada el prototipo de la timidez?

El presidente, mirándole muy asustado por encima de los espejuelos, graciosamente equilibrados sobre la punta de la nariz, intervino:

—¿Se ha puesto enfermo el señor opositor?

Pero el bravo se negó á asirse á la tabla salvadora. Y, sin embargo, ¿por qué no fingirse enfermo y obtener en el descanso calma para los nervios y orden para las ideas? ¿Hubiera podido afirmar que disfrutaba la integridad de su funcionamiento orgánico, cuando precisamente sentía en las sienes el golpeteo de la sangre y corría por su cuerpo un temblor inusitado? ¡Ah! Lo que él deseaba no era reposar y adquirir fuerzas para la prosecución del pugilato, sino marchar de allí inmediatamente, cuanto antes, á recibir en plena calle la luz del sol y el sano regocijo que pregonaba desde fuera el organillo procaz, bien lejos de aquellas estúpidas miradas que le asaeteaban.

—No estoy enfermo. Me retiro—logró decir, con voz bastante firme.

—Entonces, ¿renuncia á la oposición?

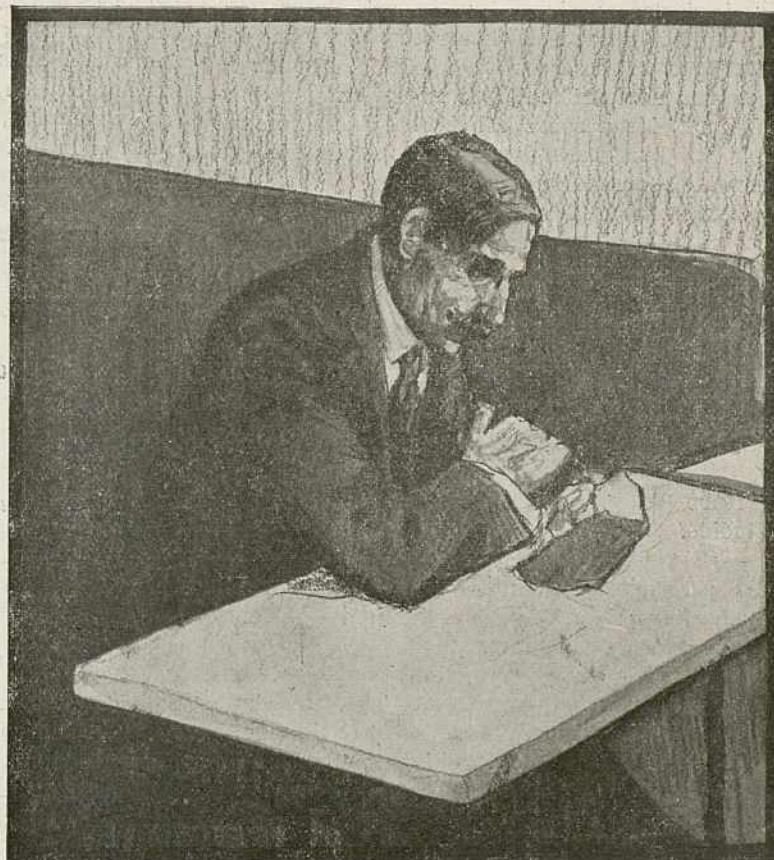
—Renuncio.

El presidente, los jueces, los espectadores, no comprendían desatino tamaño. Aun á costa del ridículo, debía llegar hasta el fin, porque hasta el fin alcanzan las probabilidades.

—Fíjese bien. Puede descansar.

—Me retiro—insistió terçamente.

—Sea como quiera—y agitando la campanilla, autoritaria y simbólica, añadió, severo, el presi-



dente:—Se levanta la sesión hasta mañana á la misma hora.

En la calle reía el sol. Y el organillo enviaba ahora las cadencias voluptuosas de *El conde de Luxemburgo*.

Abandonó el local rodeado de los hasta entonces contrincantes, que, alegrándose en el fondo por la derrota del enemigo, decíanle que no iba mal el ejercicio y que debió continuarlo.

Tomás y Luis le recogieron, realizando al cabo la buena obra de separarle de la turbamulta. Los dos amigos tuvieron, además, la discreción de no recriminarle, aplicando solamente los tópicos de rigor: «Tenía que tranquilizarse y despreciar el contratiempo.» «Lo importante era no tomar las cosas muy á pecho.» El les oía sin atenderles, y su hermetismo haciendo comprender á los otros que estaban perdiendo un tiempo preciosí-

simo, decidióles á tornar á su profesión de «terribles». Y comenzaron á requebrar á todas las mujeres, bonitas ó feas, que pasaron por su lado.

Don Ernesto, cuando lo supo, tuvo un gesto displicente de grande hombre y explayó arrogantemente sus teorías: «¡Valiente cosa! ¡Haberle turbado la opinión de tantos imbéciles, factores del mismo fenómeno insólito de los espectadores que componían los públicos teatrales, engreídos por la misma arbitraria comunidad de la impresión y por la misma irresponsabilidad gregaria de las reuniones numerosas!»

—Usted lo que debe hacer es aprovechar los días que ha de estar en Madrid, «alzándose» con una novia rica. Yo, si no tuviera mis particulares ideas sobre esa barbaridad ancestral que los burgueses denominan matrimonio, ya habría procurado hacerlo.

Don Paquito encontraba muy razonable lo del casorio. Coincidió con sus planes, y en el horror del fracaso, irrumpió, audaz, en su pecho, nuevamente, el aleteo de la ilusión. Eso sí, parecía difícil la empresa, casi tanto como la inspiración oratoria ante un Tribunal de oposiciones. Pero el sainetero, implacable y zumbón, propuso un medio fácil:

—¿Por qué no pone usted un anuncio en A B C?

Hubo de protestar, seriamente molesto, el aludido.

—¿Soy viejo acaso? ¿No tengo merecimientos personales bastantes para conquistar en buena lid—¡oh, las lides del heroico!—, y como Dios manda, una mujer?

—¡Quién lo duda, mi distinguido amigo!—replicó el otro—; pero hombres de nuestro tiempo no debemos perderle con trovas al estilo medioeval. Nuestra época es positivista, y vale más decir con franqueza desde el primer momento que se aspira á la blanca mano de una mujer rica, preguntando á la que comparezca cuánto tiene, antes de formalizar el cariño, que malgastar los meses y los años fingiendo ternezas á una damisela clorótica para salir luego por el registro de que no tiene un real y quedar con el sambenito de quidam al retirarse súbitamente por el foro. Eso desde el punto de vista práctico, que es el mío, y estoy en lo firme. Ahora, si quiere usted que le hable por lo romántico, le diré: ¿no es lícito que un hombre soltero, con el corazón todo almibar, y que no tiene relaciones en una gran población, recurra á la publicidad para que se enteren de que va con buen fin las que necesitan saberlo?

No le convenía el discurso á Don Paquito. No podía convencer al sentimental la perorata del mundano gacetillero, y compadecía á aquel jovenzuelo «tan viejo y desencantado», que de tal modo hablaba desde la cumbre de su experiencia. Pero Luis se había armado de lápiz. En seguida leales este proyecto de anuncio:

«Caballero de treinta años, buena posición en provincias, desearía casar con señorita agraciada que poseyera algún capital. Discreción y reserva. Lista de Correos, cédula tal...»

—Usted pondrá el número...

Tomado en consideración el sueldo, fué aprobado sin debate por Tomás y Ernesto.

—Pues voy á ponerle—gritó alegremente Luis—; ¡venga la cédula!

El interesado, no sólo dejó hacer, sino que prestó el documento. Como la idea no había salido de él, ni la había puesto en práctica, el ridículo se orillaba. Y acaso adquiriese la broma derroteros de gracia. «Podemos reírnos un rato—se decía—, pues yo no arriesgo nada. ¡Y á última hora, quién sabe!»

¡Quién sabía, en efecto! Don Paquito tornaba á la región inefable de sus quimeras. Soñó, despierto, con una bella princesa que, arrebatándole en automóvil hacia el Paraíso ideal, le sumiera en el abismo sin fondo de sus ojos de brasa.

V

“El sueño de un vals”

Fatigado aún por la noche transcurrida en los brazos de Conchita, vampiresa capaz de robarle mentalidad é inquietudes en la feroz nubilación de sus sentidos, Don Paquito corrió á la calle de Carretas. Tanto le había soliviantado el anuncio publicado dos días antes en el cauto periódico matinal, que pidió al cielo, muchas veces, alguna semejanza entre la estructura física de su Concha y la de la novia solicitada. Más aún, sin darse cuenta exacta de la significación de un deseo, exclusivamente sensual, hubiera querido que las aspirantes se pareciesen á la hetaira, ó que ésta, por una milagrosa supresión del pasado, se hallase en condiciones de ofrecerle las olvidadas purezas pretéritas de su cuerpo y de su espíritu.

Después de abrirse sitio á codazos y de admirar el número y la calidad de las personas que acudían á la ventanilla enigmática, consiguió ponerse al habla con el empleado de la Lista. Y estuvo á punto de saltar, cuando recibió un montón de cartas cuya cuantía exageraba la sorpresa del emocionado.

En la calle, más sereno, contó la correspondencia. ¡Ocho! Nada menos que ocho mujeres exponían su deseo de casar con él, encomendándose gentilmente á su voluntad. Bastaría una indicación de asentimiento para que una diosa, rubia ó morena, matronal ó grácil, corriese á brindarle, en la gloria de sus labios, el ánfora de la felicidad. Además, todas serían ricas, pues era condición del anuncio, «pliego de condiciones» al que indudablemente se habrían atendido. Y compadeciendo á los transeuntes hubo de considerarse un Don Juan ultramoderno, digno de su siglo, bendiciendo la iniciativa felicísima de

sus excelentes camaradas. Estos le perturbaban, sin embargo, porque se creerían con derecho para intervenir y husmear la galante correspondencia.

«¡Bah! Les contaré lo que me parezca. Al revés posiblemente.» Y el enérgico acuerdo barrió, apenas nacida, la ingrata preocupación.

En el café de Puerto Rico, nada concurrido á aquella hora, se verificó el escrutinio de los amorosos memoriales. Junto al espumoso *bock*, que era algo representativo en tal ocasión, depositó los preciados sobres. Y con placer sibarítico fué estudiando previamente los distintos caracteres de letra. Dos cartas mostraban, en la regularidad de los rasgos, hábitos grafológicos de ilustración, así como decían elegancia, no frecuente, los coquetones sobres de otras dos epístolas. Pero los restantes estaban escritos con trazos grandes y desiguales, torcedores de los renglones, y uno de los sobres, en conclusión, ostentaba vergonzosas manchas de tinta en varios sitios. Este examen le dijo, además, que cinco cartas eran de provincias. Al grupo de las tres restantes pertenecía la de los borrones, y las de la letra cursiva y despreocupada.

Le interesaban escasamente las provincianas, y por eso las leyó antes. Eran breves, y en todas veíase el temor de sus autoras ante la enormidad del atrevimiento. Decían edad, posición y sobre todo invocaban la caballerosidad del destinatario. Una de ellas había de impresionarle vivamente. Firmaban las iniciales C. R., y el pliego estaba fechado en el pueblo de residencia del Tenorio. La letra, sobradamente conocida, no dejaba espacio á la duda. ¡Era de Carlota! ¡La pobre desechada recurría también á aquel procedimiento extremo! Sintió el prurito de mofarse estableciendo una correspondencia engañosa, pero renunció á la falacia temiendo ser él y no sus comunicantes la víctima de las ajenas combinaciones. Efectivamente; ¿no serían también tristes fracasadas del amor las siete desconocidas? ¿No querían utilizarle para un juego lamentable, semejante al pretendido por Carlota?

Procedió á abrir las cartas de Madrid. La primera que leyó estaba escrita por las cuatro carrillas. Confesábase una recatada pobreza; en cambio, se ofrecían los tesoros de un corazón pleno de exaltaciones. La firmante suscribía ser amiga de las flores, de la música y de los libros, y para aquilatar excelsitudes agregaba «que el amor era la finalidad de la vida». Su difunto papá, militar distinguido, que la adoraba, hubo de concederla una educación esmeradísima, aunque poco ortográfica, según Don Paquito, que veía á las *haches* y á las *bes* de la misiva en pugna pintoresca con todas las leyes y usos gramaticales. El sentimentalismo, jamás desmentido, del lector, hubo de conceder, no obstante, un gesto de piedad á la romántica.

«¡Veamos otra!» Era cortísima y ponderada. La releyó varias veces porque se trataba de una

cita habilidosa: «Muy señor mío: Suponiendo encontrarme en las condiciones de su anuncio, y considerando indispensable, antes de parlamentar, el conocimiento personal mutuo, le ruego procure ir el viernes á la Comedia. Yo llevaré traje negro, ligeramente escotado, y tendré en la mano un número de *A B C*. Procure llevar también el periódico, y para mayor seguridad, un clavel blanco en el ojal de la americana.» Nada más. Ni firma ni señas. ¡El misterio con todo su atractivo!... ¿Viernes?... ¡Pues viernes era!... De haberse retrasado, le resulta ineficaz el sugestivo requerimiento.

El último sobre fué rasgado con displicencia, porque el pensamiento se había aposentado en la sala de la Comedia. «Salgo todas las tardes, á las cinco, de la calle de Claudio Coello, 10, con mamá y una hermanita más joven. Llevo traje gris perla y sombrero negro.» Prometió ver á ésta aquella misma tarde, y no queriendo comunicar con nadie, se quedó á comer en el café.

Pidió el almuerzo, y, acabado, brindó interiormente por la enlutada de la cita. Más tarde compraba una butaca en la taquilla del teatro y se iba al Retiro á hacer tiempo, saboreando con fruición su ventura presente, bien lejana de los anteriores desencantos, aunque la sombra de Concha, incapaz, por otra parte, de satisfacerle plenamente, tuviera que ser disipada con un esfuerzo de reflexión.

Antes de las cinco enfocaba la calle de Claudio Coello, mirándose de reojo en las lunas de las tiendas. Hubo de esperar, y cerca ya de la media, cuando el conquistador deliberaba la oportunidad del desprecio, en el portal de la casa número 10 apareció el grupo femenino. Una vieja achacosa y vacilante, una joven vestida de rojo y una dama exuberante, con traje gris perla y con un sombrero negro tan amplio, que ensombrecía por demás el rostro, dificultando la investigación. Don Paquito, muy avergonzado, hubiera querido ocultarse bajo tierra, pero no había posibilidad de huir sin peligro de mayores contratiempos, porque su figura esbelta destacaba sobradamente en el centro de la acera.

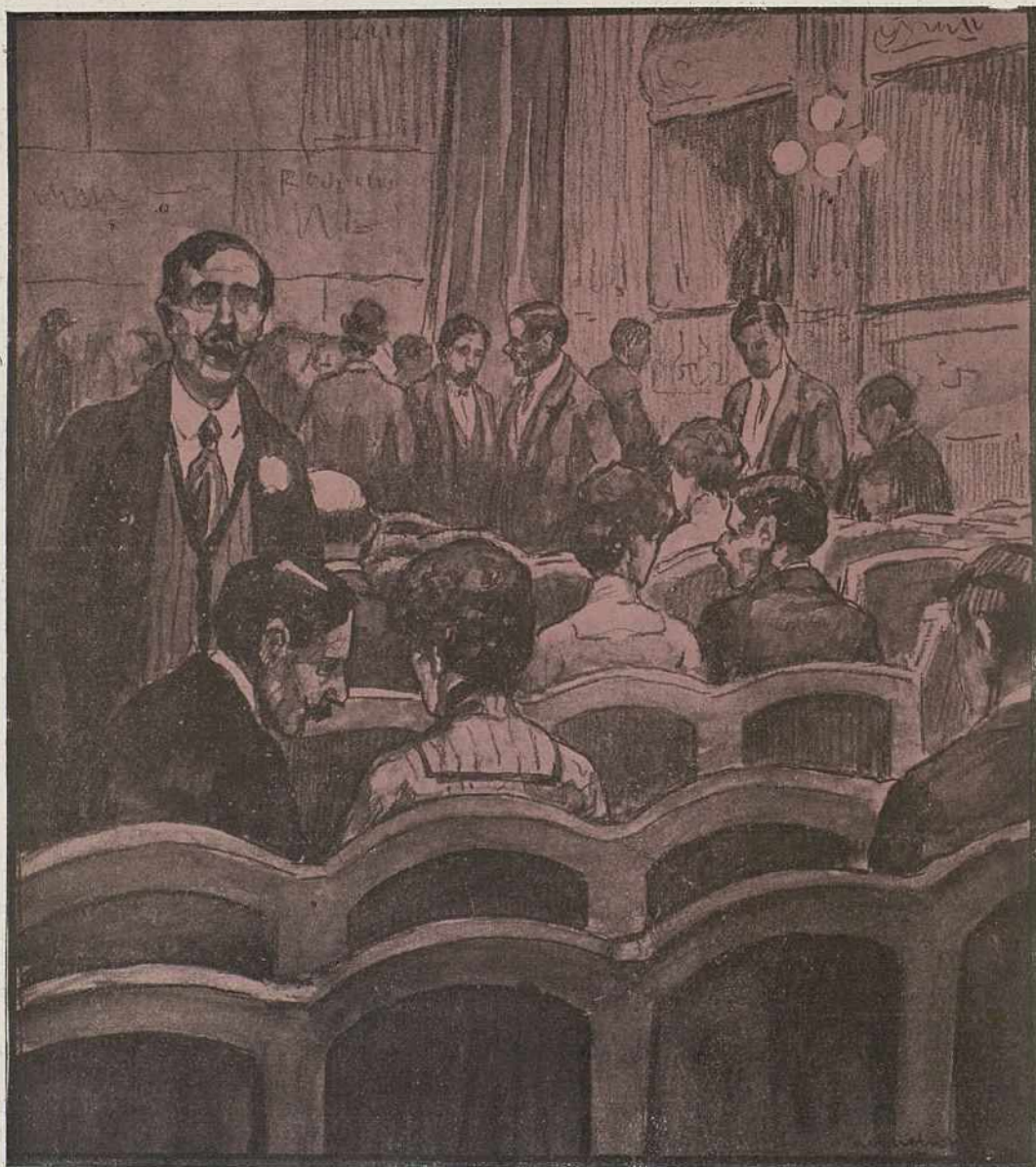
Las mujeres echaron á andar, y él las siguió, sin atravesar la calle. Al ingresar ellas en la de Alcalá hubo de detenerse, pudiendo examinarlas mejor, porque el grupo, cruzando, pasó por la esquina donde él hiciera su obligado alto. La valetudinaria se apoyaba, fatigosa, en un bastón. Y en cuanto á las otras, la jovenzuela; provista de una fealdad lamentable, acaso no parara mientes en él; en cambio, la mayor, que pasaría de los treinta y cinco y que ostentaba una belleza igual á la de su hermana, con la agravante de hallarse marchitada, le miró con descaro tal, que el misero se ruborizó escandalosamente, sin ocurrírsele otra cosa que llevar la azorada mano á la corbata.

¡La amada era vieja y fea! Siguiólas todavía calle de Alcalá abajo, procurando consolarse con

el empaque elegante de las tres, acusador evidente de posición desahogada, y con la morbilidad de las caderas y el buen porte general que, vista por la espalda, tenía la mayor. De la Plaza de la Independencia á la Cibeles había vuelto dos veces la cabeza la del traje gris para mirarle

principio. ¡Quizá la pobreza amparase tesoros de hermosura y de virtud!

Continuó hasta la Puerta del Sol, y por la calle del Arenal llegó á la de las Fuentes. En el cuarto piso, con honores de quinto, de la casa indicada había una mujer seca y espigada. ¿Se-



complacida; pero en cada uno de esos *flirteos* el entusiasmo que Don Paquito iba alimentando recibía otros tantos golpes funestísimos. El de gracia fué dado á la puerta de San José, donde ella se volvió totalmente. El galán se hizo cargo de que con aquella hembra elefantiásica y más que madura no podía ir á ninguna parte, y dando media vuelta, dejolas penetrar en el templo, perdonando con generosidad caballeresca la posible millonada dotal.

Para reaccionar de este nuevo desengaño decidió, puesto que había tiempo, conocer á la romántica, á pesar de haberla rechazado en un

ría ella? Tampoco le gustó. Y esa severidad hubo de alarmarle. ¡Estaría bueno que no existiera para él en el mundo otra belleza que la de Conchita, lo que quería decir, en romance, que sólo hubiera venido a Madrid para enamorarse, imbécilmente, de una lumia! La joven del piso quinto entró, saliendo al instante armada de gemelos. Y al saberse enfocado, corrió nuevamente, sin torcer la cabeza, asqueado de la desfchatez sin nombre.

Su pensamiento iba á la cita prometedora. Aquella mujer, al menos, perfumaba la aventura con un encanto especial, y eso merecía apun-

tarse favorablemente. No sería fea quien tales exigencias mostraba, pidiendo «conocer» antes de aceptar, al contrario de las otras que aceptaban antes de «conocer», que hablaba de potencia á potencia, y á la que no infundían miedo los despilfarros de luz de la sala de un teatro. En la duda de los méritos propios, y aunque estaba afeitado del día anterior, entró en una peluquería. Luego procuró lustre á su calzado en un salón de limpiabotas. Compró, en fin, y no en la calle, y sí en una tienda de la Carrera, un principesco clavel doble. Y con la solapa adornada de tal guisa, y no queriendo ni oler á los amigos, ingirió en el mismo café del mediodía un *beaftack* semejante, regado por el mismo Valdepeñas cristalino y retozón.

Con sorpresa del fosforero, pidió el *A B C*, rechazando el *Heraldo* que le entregaba, y se encaminó muy temprano á la Comedia. Miró el cartel. «Compañía de opereta italiana.» «Últimas funciones.» ¿Obra? *El sueño de un vals*. Perfectamente.

El interior del teatro estaba aún semiapagado. En las butacas ni una persona, y en la penumbra del anfiteatro principal, algunas cabezas, de «claqueurs» tal vez. En el vestíbulo, donde se dispuso á esperar, idéntica desolación. Aquí, el jefe de acomodadores, semitumbado en un diván, acaso pensaba en la insubstancialidad farandulesca. Tuvo la idea luminosa de tomar café en el *Gato Negro* y no asistir al primer acto. Sería de más efecto, y, sobre todo, más *chic*, presentarse en el descanso. ¿Para lo que iba á entender de la maldita opereta representada en italiano!

Así lo hizo. Leyendo el *A B C* esperó que la animación del vestíbulo le otorgase, con la terminación del acto, permiso para conducirse urbanamente. Se miró en uno de los espejos del foyer, y, satisfecho del examen, se internó en el patio con altivez. Poquísima gente. Cuatro filas semiocupadas y en las demás algunos espectadores aislados, «tifus» sin duda, como diría Ernestito. Avanzó gallardamente hasta la silla del director de orquesta y extendió la visual. Nada, no había jóvenes vestidas de negro y escotadas. Inquiriría. Muy despacio, fué revisando las filas, una por una, con el mismo negativo resultado. Había, sí, dos señoras con traje oscuro, pero ninguna escotada, y menos con el *A B C* en la mano. La una estaba muy enfrascada en la lectura de *La Epoca*, y la otra, por cierto muy ajamónada, que se acompañaba de una dama más vieja, si bien pareció mirarle un momento, en seguida dirigió insistentemente la atención á una platea. No sería ella, no podía ser. Pero se estremeció, y un sudor frío bañó su frente, sudor de espanto de sí mismo. Había cometido una torpeza irreparable. Debió entrar sin clavel para observar, precisamente lo que habría hecho la misteriosa: observarle sin ser observada. Hubieran ido así de tuno á tuno, y ella desesperada y cogida, acaso hu-

biera tremolado el *A B C* en el último entreacto. No había remedio. Quedábale únicamente la esperanza de haber agradado y de percibir la anhelada seña en el descanso próximo.

El segundo acto de la opereta le gustó y le conmovió. En el jardín, profusamente iluminado, la directora de un sexteto femenino se enamoraba de un joven príncipe, bajo el encanto de la noche diáfana y tibia, propicia á las efusiones y á los abandonos. Y más tarde, las dulces iniciaciones del vals hacíanla bajar del tablado para caer en los brazos del predilecto, lanzándose con él en la vorágine voluptuosa de la danza. El público concedió la repetición, y al descender el lienzo de la embocadura sobre varias parejas de bailarines contagiados, Don Paquito aplaudió, compenetrado con la acción. Le había convencido la delicada gracia de la primera tiple, arrogante napolitana de cabellera de ébano, y había envidiado al actor que recibía las caricias felinas de la artista.

En el entreacto la misma cerrazón que en el precedente. Formuló tres hipótesis: ó la ignorada se había reído de él, ó no había podido ir, ó no la había agradado. Una cuarta hipótesis faltaba, la de que el autor de la broma fuese un varón, que tal vez estuviera mirándole en aquel momento. Y con hondo coraje, y por no abofetearse en público, escapó, todo corrido, del patio de butacas.

Quedóse el desesperanzado al tercer acto, procurando entrar cuando no hubiese más luces que las de la batería. Ostentaba todavía el clavel porque le parecía mucho peor abandonarle. La persistencia despistaría algo al guasón ó á la observadora; pero, en realidad, aquella hermosa flor, cuyo aroma percibía, le pesaba en el pecho como si fuera el estigma angustioso de todas las vergüenzas.

El último cuadro de *El sueño de un vals*, menos coloreado, tenía un final arrasador y sintético. Al lecho conyugal del príncipe, reconciliado con la esposa, al hogar encalmado del joven matrimonio, llamaban de pronto unas notas que gemían al rozar las cuerdas sensibles del violoncelo. Unos dedos apasionados evocaban el vals amoroso que en una noche diáfana y tibia estremeciera al príncipe bajo la umbria, fastuosamente iluminada, del jardín de su ensueño.

¡Oh, el vals! Don Paquito lloraba como si aquella música fuese el canto funeral de sus anhelos y de sus sedes. El iluso vislumbraba, en una ráfaga de lucidez, la áspera sequedad de su desastre.

VI

La tronada

No le quedaba más lenitivo que Conchita. Y á ella acorrió, buscando refrigerio á la desolación. ¿No le había consolado el recuerdo de su hermosura en los minutos claudicantes? ¿A dónde ir más que á su encuentro?

Y allí fué Don Paquito, derecho, sin detenerse. En el trayecto había forjado su plan, un proyecto valeroso que hubiera espantado á los sesudos moralizantes del pueblo, pero que á él le parecía nuncio de venturas y promesa de inacabables deleites, en un porvenir que aún podía alfombrar de pétalos el mísero.



Le parecía peligrosa, no obstante, la resolución. Por eso, tal vez, al apearse del tranvía, castañeteaban sus dientes por un involuntario temblor del maxilar, como si hiciese frío en el magnífico nocturno bochornoso.

Concha, le dijeron, estaba tomando el fresco en el cenador con unos «amigos». Y los celos, entonces, unos celos insólitos de la mujer de todo el mundo, pusieron inflexiones coléricas en su voz, uniforme y pausada de ordinario.

—Que haga el favor de subir. Tengo que hablarla.

Y puso tal imperio en el mandato, que no se atrevieron á replicarle.

Compareció la reclamada. Y si Don Paquito hubiese sido más observador ó estado más en posesión de sus nervios, no le complaciera la expresión facial de la muchacha.

—Hombre, ¿tú aquí, á estas horas?

—Sí, yo mismo—contestó rudamente.

—¿Cómo no has avisado?

—Porque se me ha ocurrido de repente.—Dejóse caer en un sillón patriarcal, mueble de respeto de la habitación, y preguntó:—Concha, ¿tú me quieres?

—¡Claro, hombre! ¡No te he de querer!

—¿Hasta el sacrificio?

La chica, aunque estaba acostumbrada á las salidas épicas de Don Paquito, comenzó á alarmarse. Pero optó por llevarle la corriente, sin perjuicio de preparar la guardia.

—¡Hasta el sacrificio!—repuso, subrayando la frase con una carcajada, que tuvo la virtualidad de disipar los nubarrones de su rostro.

Como ella estaba de pie y muy próxima, con alargar un brazo pudo sentarla sobre él. Y mirándola con fijeza á las pupilas, previa una violenta atracción de la cabeza, soltó el proyecto:

—¿Quieres venirme á vivir conmigo?

Concha dió un respingo, levantándose con brusquedad. Después rió con todo su cuerpo.

—¡Qué gracioso!... Tú vienes hoy un poco *pilli*.

—Mira, que no es cosa de reírse—aulló él, amenazador.

—Pero, hombre de Dios, ¿qué quieres que haga? ¡Pues si que es para llorar!

—¿Luego, aceptas?

—¿Quién, yo? No, hijo... ¡Me lo impiden mis creencias!—dijo

con desgaire, y continuando la broma se puso á tararear cínicamente un «liento» del Niño:

*Perdío, perdío...
Porque te quiero me disen
Que estoy loquito perdío,
Perdío...
Si tó er que quiere está loco,
Ninguno tiene sentío
Perdío, perdío...*

Comprendió el crimen. Estaba hablando cor-

dialmente, jugándose acaso la última esperanza de su vida, en crisis, y se le escuchaba de tal forma. ¡Oh, el impulso de apagar las frases desgarradas de la *cantaora*, hundiendo los dedos en la nacarina garganta de la miserable!

—¡¡Calla!...—gritó.

—¡Jesús! Me has asustado.

Y viendo que el procedimiento de echar la proposición á barato era inoportuno, cuando no provocador, dada la excitación de su «amigo», decidió parlamentar. Hacía tiempo que estaba «al cabo de la calle» de la pasión de Don Paquito, pero nunca previó que llegase á extremos de tal naturaleza. Y como se sentía, en el fondo, halagada, dignóse agradecer.

—Yo te quiero bien, Paco, pues no hay motivo para lo contrario. No me has hecho ningún daño. Pero no puedo irme á vivir contigo.

—¿Por qué?

—Porque no. Yo tengo que mirar por alguien más que por mí... ¡Vaya, te lo diré!... Porque tengo una hija y quiero para ella todo, ¿sabes?, todo, dinero, educación, y ¡hasta honradez!

—¿Una hija? ¡Pues que venga con nosotros!

—Llegas tarde. Un mes antes me hubieras convencido. Hoy, no. Va á sacarme un *tío* de mucha *guila*, que también se ha prendado de mi persona, y que me va á tener como una reina, á boca qué quieras. Yo, chico, estoy muy desengañada de vosotros. Sé que os cansáis en seguida, y tonta sería si no aprovechase con el que diera más. ¡Ya ves! La vida...

—Porque no eres más, á lo que veo, que una indecente prostituta, hija de lo mismo.

La muchacha se recobró ofendida, y para vengarse cortó el diálogo:

—Bueno, ya lo sabes, y bastante hemos hablado... *Ese* está abajo y me espera. Conque... ¡hasta más ver! ...

—¿Ese? Pues no te vas.

—Oye... ¿Quién lo ha dicho?

—Yo, porque me da la real gana—y la cogió una muñeca tan fuertemente, que exhaló un quejido la infeliz.

Esta noche, única durante su «amistad», veía Concha en Don Paquito al hombre exigente y tiránico, dispuesto á golpearla para imponer su voluntad. Y sugestionada por el poderío del macho, la hembra se humillaba.

—Por Dios. Te pido que me dejes—suplicó trémula.

Si no la hubiese dejado, si hubiese insistido, por un momento al menos, presenciara la esclava rendición de todos los orgullos de la hetaira. Mas el deseo de patear aquel cuerpo inmundo, que para hospedar al vicio necesitó previamente desahuciar al alma, se había esfumado. El egoísmo de aquel montón de carne blanca ya no le indignaba, le repugnaba únicamente, y hubo de lanzarle la rotundidad de su desprecio:

—No eres una mujer... ¿entiendes? Eres sola-

mente una prostituta... Una ramera vil... Basura... ¡Puah!

Concha rompió en llanto. El se marchó, dando un portazo.

Concha era más, á pesar de él; era madre, en efecto. Se lo confirmó la criada antes de que ganara la puerta de la calle.

—¿Se ha enfadado *usté*, Don Paco?—hubo de preguntar la curiosa.

—Sí. Y no pienso volver.

—Pero qué, ¿se ha enterado?

—De que tiene una hija. Y de que la va á *sacar* ese que está abajo.

—Lo de la hija, sí es verdad. Pero ese... ¿Como no saque!...

—¿No?

—¡Calle *usté*, hombre de Dios! Se lo voy á decir porque me está dando lástima que haga tanto el primo. Lo que ocurre es que se ha *enchulado* con *ese* sinvergüenza. Pero *usté* no haga caso. Se le irá pronto el vértigo. ¡Buena es la niña!

Premió los informes poniendo una peseta en la mano de la sirvienta. Era la despedida.

Al encontrarse en la calle respiró anchamente. Parecía despertar de una truculenta pesadilla, dada la tensión nerviosa experimentada. Pero, ¡oh dolor!, la imagen de Concha persistía dentro de él, y tuvo gana de volver á consolarla, de ir á evaporar con besos las lágrimas de la cuidada, á implorar, de rodillas, perdón de las injurias. Pero aquello de que estaba *enchulada* le contuvo, derivándola otra vez por sendas de furor.

«¿Qué era aquello? ¿Qué modalidad de la simpatía sexual expresaba el calificativo canallresco? ¿Amor, capricho? Algo híbrido, sin duda, alguna exudación teratológica del cariño que solamente podía producirse en el lupanar y en la mefítica sombra de las aberraciones de la vanidad.»

Deambulaba sin rumbo, por calles solitarias y estrechas. No desbarraba porque la brisa de la madrugada, al acariciarle la frente febril, aclaraba su entendimiento con sedaciones bienhechoras. De las esquinas ó de los quicios de las puertas, voces confidenciales de mujer insinuáblemente invitaciones inverecundas, que él tomaba por llamamientos indefinibles de la amante ideal que jamás poseería.

Y aunque á la hora cárdena del amanecer, cuando, recién extinguido el alumbrado, por la gran ciudad en sombras desfila algo siniestro bajo la lividez del cielo en lucha con la noche fugitiva, aunque en tal hora la lista de sus fracasos y el vacío que se abría ante él hiciera revolotear cerca de su cabeza el negro fantasma del suicidio, el derrotado logró imponerse entre vacilaciones múltiples, las suficientes para salvarle, porque allá, por Oriente, la aurora empezaba á teñir de rosa el firmamento.



VII

Mar libre

Su viaje á Madrid le había procurado grandes preeminencias entre sus convecinos, porque el ingenuo era cauto y porque el parlanchín hablaba poco y con un fondo de amargura sentenciosa. El mismo hecho natural de regresar pálido y enmagrecido, valióle entre la aristocracia rural grandes encomios á la elegancia asimilada en la corte. Y por unos días fué el árbitro del lugar, el consultado en todos los asuntos, el admirado de las mujeres y el envidiado de los mozos. En la escuela, los niños guardaban mayor compostura y obedecían de mejor talante, reconociendo la superioridad, ahora indiscutible, del maestro. ¿Qué más? Hasta Don Olegario le concedía beligerancia, solicitando, bajo secreto profesional si era indispensable, confesión de las malandanzas femeninas perpetradas, considerándole digno de su protección después del reciente baño madrileño.

Al héroe, dolido aún por los golpes, no le satisfacía aquella admiración. El contraste más bien aumentaba su escozor, porque bien sabía que las

cañas se hubieran vuelto lanzas de sospecharse la carrera grotesca que le hicieran sufrir sus visiones de gloria y sus íntimas nostalgias. ¿Qué hubieran opinado el alcalde y el cura de su competencia pedagógica y de sus relaciones ministeriales, de haber conocido la verdad? ¿Qué hubiera pensado Carlota, la desdenada, de sus careadas artes amorosas de presumir quién fué el descortés anunciante de *A B C!* La lección, obtenida á costa de todo el perfume juvenil de su espíritu, había desvanecido las nieblas de su imaginación, y el carácter, templado en la prueba rudísima, tenía ahora ansias de rectitud.

Y no le faltó mucho para convocar en la escuela á los notables y pronunciar un discurso de sinceridad en el ambiente mismo que hacían ilustre los mapas reveladores de tierras maravillosas y lejanas y las estampas anatómicas denunciadoras, con sus vísceras y sus músculos pintarrajeados, de la podre y de la falibilidad de esta maquinaria humana, tan soberbia como hueca.

«Señores—hubiera dicho—, compadecedme en lugar de envidiarme, porque la única superioridad adquirida en mi éxodo ha consistido en en-

terarme de que soy un pobre diablo. No he logrado más que perder la juventud, privándome de aquella noble confianza que antaño me alentaba y que hubo de quedar hecha jirones en la derrota. El estado actual de mi ánimo habría llegado, pero á la larga y lentamente, al irse enterrando las ilusiones una á una en la nieve de mi cabeza y de mi corazón. Pero yo, impaciente, suponiendo que la edad se me escapaba, hube de lanzarme, sin preparación, á la conquista de un mundo que consideré propiedad mía olvidada desde este rincón, y la imprudencia ha sido castigada, pues ha caído sobre mí prematuramente, habiendo aún ardimientos en mi sangre, la losa del desengaño.

«En cambio, os advertiré que el joven de ayer posee ahora las necesarias aptitudes para guiar á vuestros hijos. Porque procurará matar en germen las avideces de su fantasía, haciéndoles comprender que precisa adquirir vigores para caminar por los hoscos senderos pedregosos, hostiles y sombríos. Y al marcarles con el puntero las regiones de los mapas, les advertiré que la dicha relativa, asequible, tal vez esté en todas partes y tal vez en ninguna.»

Y el escéptico de hoy pasábase los días y las noches formulando monólogos y discursos semejantes, pues aunque contaba ya con cuatro meses de quietud en el pueblo, su espíritu no lograba desprenderse de la conturbación. Felizmente, aterrado con la negra perspectiva que le dejara la gran ciudad, y compulsando cuerda-mente lo que valdría su conquista obligatoria, es decir, la carencia de un refugio honroso como el suyo, miraba ya con menos encono al pueblo y á sus moradores. Aquí era algo, aquí gozaba de respetos; era más, infinitamente más, que los galanes de prostíbulo que tanto envidiara en Madrid. ¡Aquellas sí que eran vidas grises y estériles, cuyo digno cantor no podía ser otro que el desdichado Ernestito, el gacetillero sin gusto y sin meollo, carentes hasta del aroma sentimental de las pobres novias lamentables del anuncio! El, por encima de sinsabores y batacazos, poseía un tesoro espiritual, el que un día le empujara á romper sus sumisiones.

Una mañana le trajo el correo correspondencia de Madrid. ¡De los amigos, que le hablarían de aquella Concha obsesionante! Renunciaría á la lectura. Le hartaban las piedades molestas, mezcladas con el relato de las estultas aventuras novísimas. Rompió las cartas sin abrirlas y en el hecho quiso ver el síntoma primero de su curación. Pero otra mañana recibió carta de ella y le faltó valor para cumplir el sacrificio. Concha pedíale perdones por haber ignorado hasta la fecha su dirección. Se disponía á conversar... Había reñido con el «protector», y se lamentaba de haber sido ingrata con un hombre tan bueno como su Paco. Aceptaba, en suma, y entre líneas, la cordial proposición de la noche infernal.

Don Paquito estrujó la carta, y cerrando los párpados humedecidos, evocó el talle gentilísimo y adorado. ¡Se le había metido demasiado adentro la infame! Mas al reconstruir la escena de la ruptura, al modular mentalmente el vocablo canalla de la criada, tornó á deshacerse en polvo la imagen veneranda: «¡Ya no estaba *enchulada*, por lo visto, la muy puerca, y le brindaba migajas de cariño!» La carta fué rota con concentrada ira, con ensañamiento, con fruición satánica, en pedazos menudísimos. Y aprendió á utilizar el vocablo indecoroso como palabra mágica cada vez que le asaltase el recuerdo de aquella mujer única que se presentó á su juventud.

¡No era la única, sin embargo! ¿Y aquella Carlota, en cuyas pupilas límpidas siempre creyera percibir claridades de amor, refrendado este juicio en el despecho que dictara la célebre solicitud? Al pensar en ella acusábase de idiota y de miserable, pues prefirió correr vanamente tras los desprecios de una prostituta, repudiando lo que le estimaba. Habíale visto muchas, infinitas veces, desde su regreso; pero procuró no alentar las vehemencias que latían en el pecho de la niña y en los cálculos del padre. ¿No sería prudente, llegó á decirse el transformado, la aceptación de aquel cariño, dedicándose á vivir plácidamente la serenidad de la propia existencia, un momento agitada con intensidad, y á crear otras, como prolongación suya, á través de los tiempos?

Una tarde, los muertos optimismos resucitaron provistos de una benignidad más palpable. El ministro, satisfecho de su permanencia en el distrito, le había escrito participándole que se interesaba por el aumento de dotación de la escuela para evitarle otras peligrosas excursiones á la capital. Y Don Paquito, mientras los niños tardeaban sus palotes sobre las planas rayadas, hubo de comparar el cariz madrileño con el del pueblo, y deseoso de aspirar á pleno pulmón el aire de la tarde otoñal, despidió á la chiquillería, recibiendo las bendiciones con que le colmaron instintivamente los pequeños al salir con estrepitosa turbulencia por las puertas del recinto.

Tomó el sombrero y se dirigió al campo. Acababa de caer un chaparrón y había en el aire un grato olor á tierra mojada. Sobre las matas de hierba temblaban, cual lágrimas piadosas, gotitas de lluvia.

Anduvo largo rato, sin tropezar con nadie, a solas, con una tranquilidad interior que, al presentarse de nuevo, había de ser paladeada con práctico refinamiento. Deseoso de confundirse con los álveos de la Naturaleza, de abandonarse por entero al panteísmo que iba adueñándose de él, dejó la carretera, introduciéndose en los sembrados. Y sintió un extraño gozo al hundir los pies en la húmeda blandura de la tierra.

Sin darse cuenta, quizá por un fenómeno tele-

pático de atracción, hubo de entrarse por las viñas del tío Lucas.

Y apenas había andado veinte metros entre las cepas rebosantes, entregadas ya á la petición triunfal de la vendimia, una grácil personita le salió al encuentro:

—¡Tanto bueno por aquí!—le dijeron—. ¿Quiere usted uvas?

Le ofrecían un racimo gigantesco, dorado á fuego en el incendio estival de las llanuras de la Mancha.

—Gracias, Carlota.

El tío Lucas se aproximaba, gesticulando:

—¿Un paseito, eh? ¿No ha tenido usted miedo á la tormenta? Bien hecho, porque la nube se va y me creo que ésta es la última del año.

—Sí, la última—respondió él automáticamente.

Le emocionaba como nunca la callada solemnidad de la campiña. El nublado, en efecto, se corría veloz hacia el Nordeste, y el sol poniente

ocultábase majestuoso y entre irisaciones tras un cerro. Miró á Carlota. La joven, como una diosa de los campos y de los frutos, contemplábase arrobada, olvidándose de los racimos que sostenían sus manos. Un fuerte arrebol hubo de colorearla al ver sorprendido su éxtasis. Y la azoradísima mirada quiso esconder su trastorno, descendiendo hacia aquella tierra esponjosa y pródiga.

—Está usted muy bonita, Carlota—dijo él, realmente impresionado.

Ante el requiebro, los ojos de la virgen, elevados en asombro, reflejaron una alegría tan pura y tan augusta, que parecieron alumbrarse con resplandor de eternidad...

Del campanario de la parroquia llegó el toque melancólico del *Angelus*. El disco solar, desaparecido totalmente, permitió que en el espacio, limpio de celajes, comenzasen á titilar, placenteras, las estrellas del crepúsculo.

¡Había paz en la altura y en las almas!...

José Alina



REMEDIO DIVINO

ANTIRREUMATICO infalible en todas las manifestaciones de tan general y molesta enfermedad. Su éxito es seguro; a la primera fricción atenúa el dolor por intenso que sea, y con muy pocas más desaparece. Su uso es fácil, cómodo y de positivo resultado. Pesetas, CINCO el frasco

PARA CASAS DE CAMPO

No hay luz que se asemeje en intensidad, blancura y limpieza, a la de incandescencia, por gasolina, de la casa Laorden y Compañía, Atocha, 43, Madrid.

Es inexploriva.

No produce humo ni olor.

IMPRENTA ARTÍSTICA ESPAÑOLA



SAN ROQUE, 7

MADRID

IMPORTANTE

A todos los que se suscriban a **EL CUENTO SEMANAL** por el segundo semestre del presente año, previo pago anticipado de 6,50 pesetas, se les regalará una elegantísima tapa para la encuadernación del mismo, la cual se les servirá con el último número del mes de Diciembre próximo.

Dirigirse a la Administración de **EL CUENTO SEMANAL**, Fuencarral, 90, bajo

Durax

**FOTOGRAFADO
TRICOLOR
DIRECTO - LINEA
Estudio.
SAN ROQUE.7
Telefono 697. Madrid**

Fábrica de corbatas

GAMISAS, GUANTES, GENEROS PE PUNTO, ELEGANCIA, SURTIDO Y ECONOMIA

Precio fijo :: CAPELLANES, 12 :: Precio fijo



GARRIDO

GRABADOR

Galle del Desengaño, 9

Casa acreditada y la más económica para sellos de caucho, bronce y chapas anunciadoras. Letras y cifras de plata y timbres.

HERALDICA

Cayetano Fernández

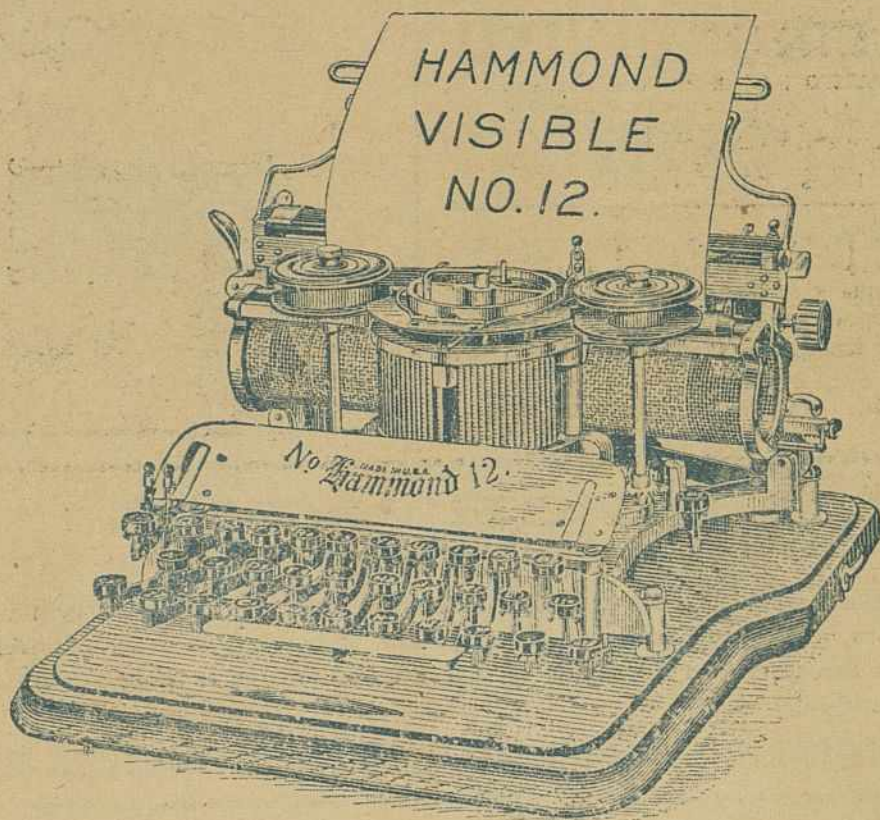
Recibe en México Cuento Semanal y admite suscripciones para éste y demás periódicos españoles, dentro y fuera de la capital.

3.ª Bolívar, 33

Apartado 1.658

Ayuntamiento de Madrid

Las máquinas de escribir



HAMMOND

SON LAS MÁS SÓLIDAS, DE MÁS RESISTENCIA
Y MÁS PERFECCIONADAS DE CUANTAS EXISTEN

Escritura completamente á la vista.—Cintas de dos colores.—Cambio instantáneo de carácter de letra é idioma.—Las únicas con tecla de retroceso.—Las únicas que no pueden desalinear.—Las únicas de impresión automática

VENTAS AL CONTADO Y A PLAZOS

Agente concesionario: RAMIRO GARCIA SUAREZ
MADRID: Carrera de San Jerónimo, 30.—BARCELONA: Fernando, 49

1933

Novedades norteamericanas y muebles para escritorio

Imprenta Artística Española.—San Roque, 7, Madrid.

Ayuntamiento de Madrid